

# El Ruedo



2  
Ptas.

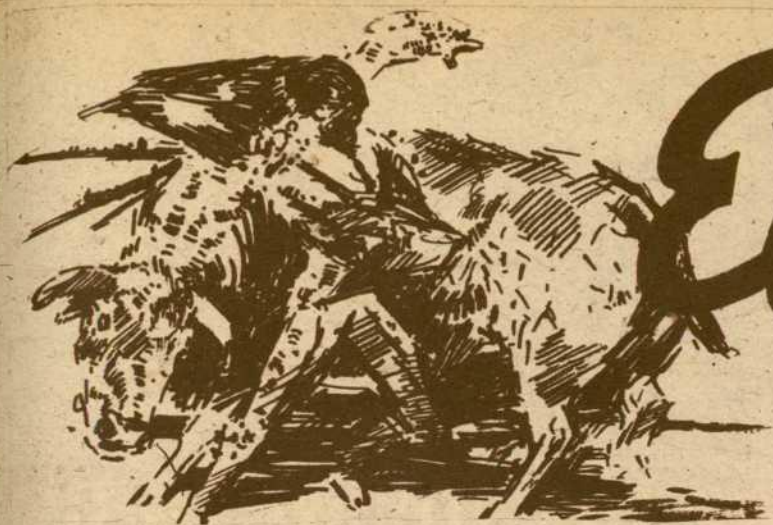
Calderón





Manuel Domínguez, Desperdicios



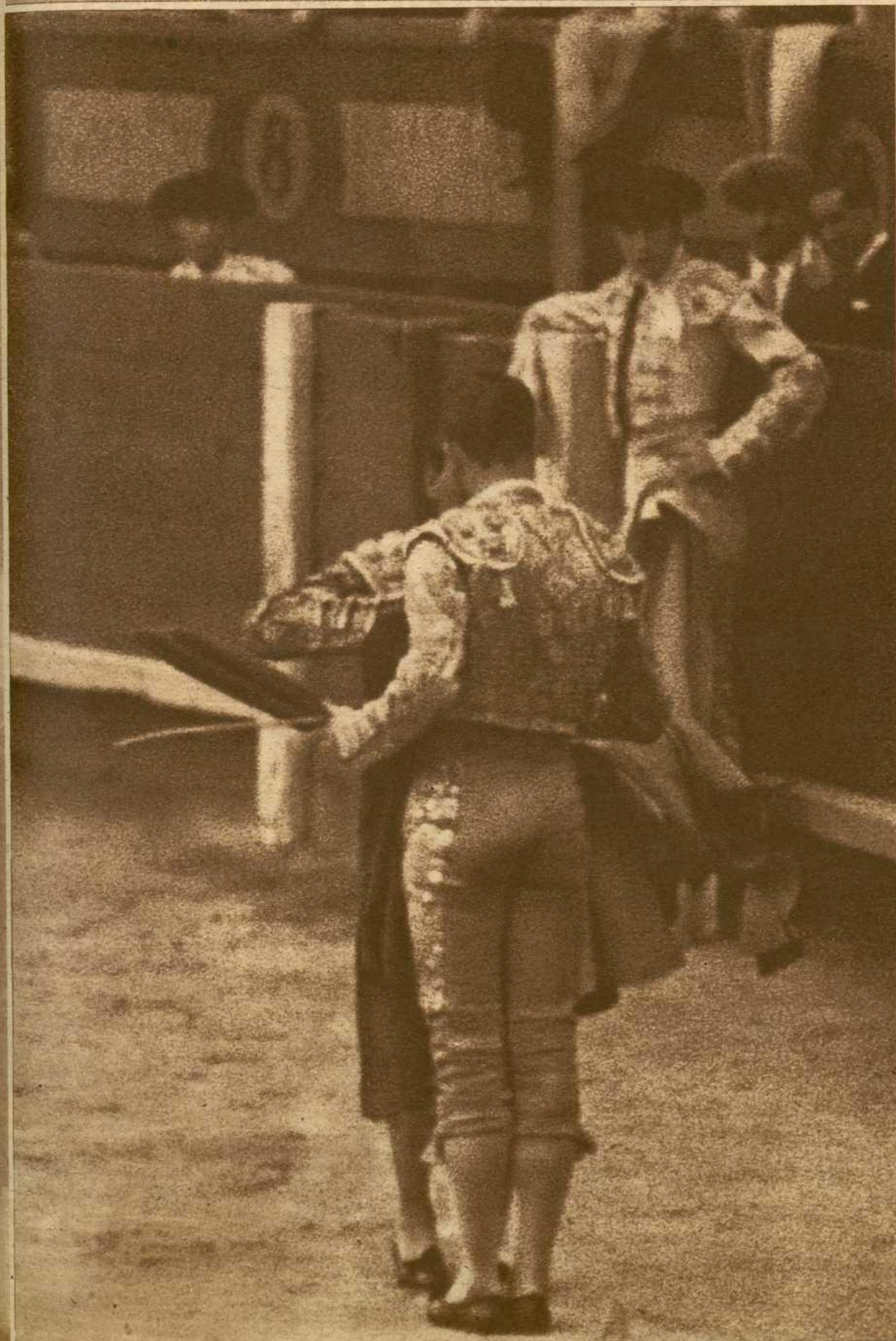


# El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA

Año III-Madrid, 31 de octubre de 1946-N.º123



**L**A alternativa. Este año, como es natural, se han concedido varias, aunque un poco desordenadamente. No queremos decir que se hayan dado sin ton ni son, porque los resultados de este paso trascendental en la vida de los toreros es imposible apreciarlo con justeza sino al cabo de una, de dos o de tres temporadas. No. A lo que pretendemos referirnos es que a esa ceremonia de alternativa —en otro tiempo, tan importante— se la está despojando insensiblemente de solemnidad.

No ha llegado todavía, por fortuna, a ese pintoresquismo con que la definió un crítico del «Midi» francés, y que fué recogido y comentado en su momento en estas páginas de EL RUEDO. Pero tendremos que convenir en que apenas si va ya consistiendo, no en una reválida de grandes méritos contrastados, sino en un mero acto de cortesía. Algo así como, en el encuentro de dos personas bien educadas, el forcejeo clásico de: «Pase usted.» «No. Usted primero. ¡No faltaba más!»

En parte, ha contribuido a esta desvalorización de la alternativa la presencia en nuestros ruedos de tanto mejicano desconocido. Ocorre que el matador de turno le cede el primer toro —símbolo, en otras épocas, de maestro y neófito—; pero en el transcurso de la corrida, el neófito, al llegar el cuarto toro, «recobra» su antigüedad primitiva. El desconcierto del público es evidente, y la cosa viene a quedar en eso: en una fineza de: «Pase usted primero».

Por este derrumbadero, entre los toreros nuestros, la alternativa ya no se toma como un premio sino cuando llega la oportunidad de que en un cartel cualquiera aparezcan juntos el que está ya en su sitio y el recién llegado. Mientras se coincide en provincias, todo va bien. Únicamente al llegar a Madrid se acuerdan todos de que hay que poner las cosas en orden y ceder la muerte del primer toro.

Bien, bien. Pero la alternativa no es eso. O no era eso.



# PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



**S**E ha planteado ya, de cara al invierno, una cuestión a resolver para la temporada taurina de 1947: la del abono. Es decir, la Empresa madrileña, con actividad digna de la categoría de la Plaza de las Ventas, según palabras autorizadas de don Liviano Stuyck, estudia la manera de restablecerlo. Hace dos años se habló mucho y se escribió más, por plumas idóneas, sobre el tema y hasta se hicieron encuestas. Hubo defensores apasionados, que incluso vinculaban el éxito o el fracaso de una tem-

porada a que hubiera o no abono; hubo defensores tibios y hasta impugnadores. Los toreros que fueron preguntados respondieron casi todos que no sabían qué era eso, que no lo habían conocido y que no podían decir si era o no conveniente y útil. Y otro tanto habría respondido el sesenta o el setenta por ciento de los actuales espectadores de la fiesta. El caso fué que la Empresa dejó las cosas como estaban: con los «carnets» de reserva. Y que así siguen.

Ahora parece que va más en serio, que la Empresa está dispuesta a sortear todas las innumerables dificultades que entonces dijo tener con diestros y ganaderos, y que otra dificultad —la que puede encontrar con el público al tener que hacer efectivo el cuantioso importe de ocho o diez corridas— está también dispuesta a buscarle solución.

Fué precisamente este punto el que mereció entonces más atención del autor de estas líneas. Consideraba que muchísimos aficionados poseedores de «carnets» de reserva no podían, económicamente, adquirir el abono, y trataba de conciliar una cosa con la otra. Suponía compatible el actual sistema con la obligación, por parte de la Empresa, de anunciar, con la debida antelación a la retirada de «carnets», un cierto número de corridas. «Eso es —se me dijo— imposible para la Empresa, porque se obliga, sin reciprocidad alguna del público, a sostener los carteles anunciados sin la garantía de que un cierto número de localidades estén vendidas.»

Claro que el argumento era fuerte; pero argüí que para eso la Empresa cobraba por la entrega de cada «carnet» de reserva el importe medio de la localidad correspondiente, con lo que se aseguraba el ingreso de una corrida que no daba nunca. Se me contestó que ese dinero, y alguno más, había de invertirse en obligatorios anuncios, durante la temporada, que advirtiesen al público los días y horas señalados para retirar las localidades de reserva. Y acepté el argumento, entre otras cosas, porque la temporada se echó encima sin que nada se hubiese resuelto. Después, los apasionados del abono, machacaron algo, pero como en hierro frío. Se traslucía bien que no iba a pasar nada, que nadie de los que podían se tomaba por el asunto mayor interés ante la montaña de dificultades auténticas, aumentadas o inventadas, que surgía para establecer el abono.

Pero ahora parece que es verdad que se quiere, que hay una resolución decidida, que tendremos abono al fin, y se buscan, además de soluciones con diestros y ganaderos, fórmulas para que los actuales poseedores de «carnets» puedan ser abonados sin grandes sacrificios, sin desembolsar de una vez el cuantioso importe de las localidades correspondientes a ocho o diez corridas de toros.

La solución, al modesto juicio del que suscribe, no es tan difícil y puede conciliarse con el actual sistema, y es ella —más estudiada y madurada—: la obligatoriedad, por parte de los poseedores de «carnets», de retirar todas las localidades correspondientes a las corridas anunciadas como de abono, cesando automáticamente en su derecho en cuanto deje de retirar alguna.

Inspira este criterio el vivo deseo de que lo económico no ponga la menor limitación a que existan muchos abonados, cuanto más, mejor, porque ello, en suma, redundará o habrá de redundar en el mayor auge y esplendor de nuestra hermosa e inimitable Fiesta Nacional.

## Las faenas de la tienta en el Castillo de Hígaros



Ya está en el suelo el becerro, bien sujeto para que aguante las operaciones, sin tirar demasiadas cornadas



Entonces, el ganadero aplica al costado del animalito el hierro al rojo, y lo marca.



Cuando ya se han terminado las faenas, en la placita de la finca se suelta alguna becerro para que los aficionados prueben que eso de torear no es tan fácil como parece. Aquí, el aficionado es un extranjero —Clau de Popelín— muy entusiasta de nuestra fiesta



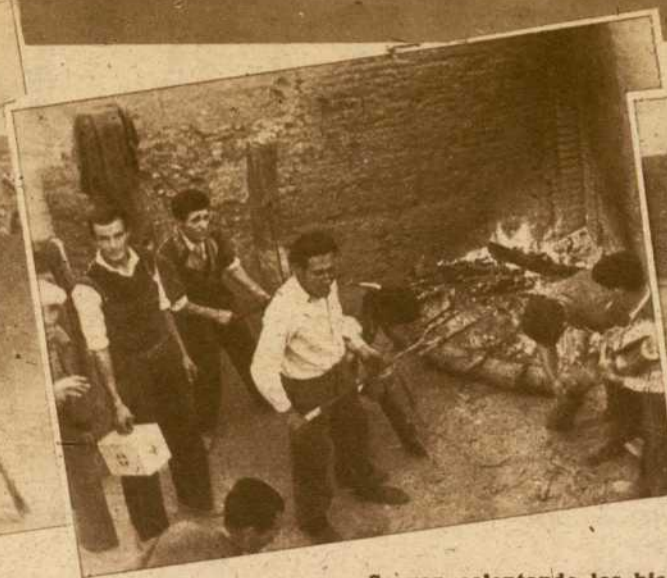
Estas faenas de campo atraen siempre la curiosidad de la mujer. En este caso, quienes las presencian en el Castillo de Hígaros son tres señoritas de la colonia italiana en Madrid...

y la señorita Hella Apila, de nacionalidad sueca





Quando la temporada apenas ha terminado y aun no llegaron los primeros fríos, ya comienzan las faenas de la tiente. Esta vez, en la finca de don Pedro Gandarias, la tiente es en «corral»



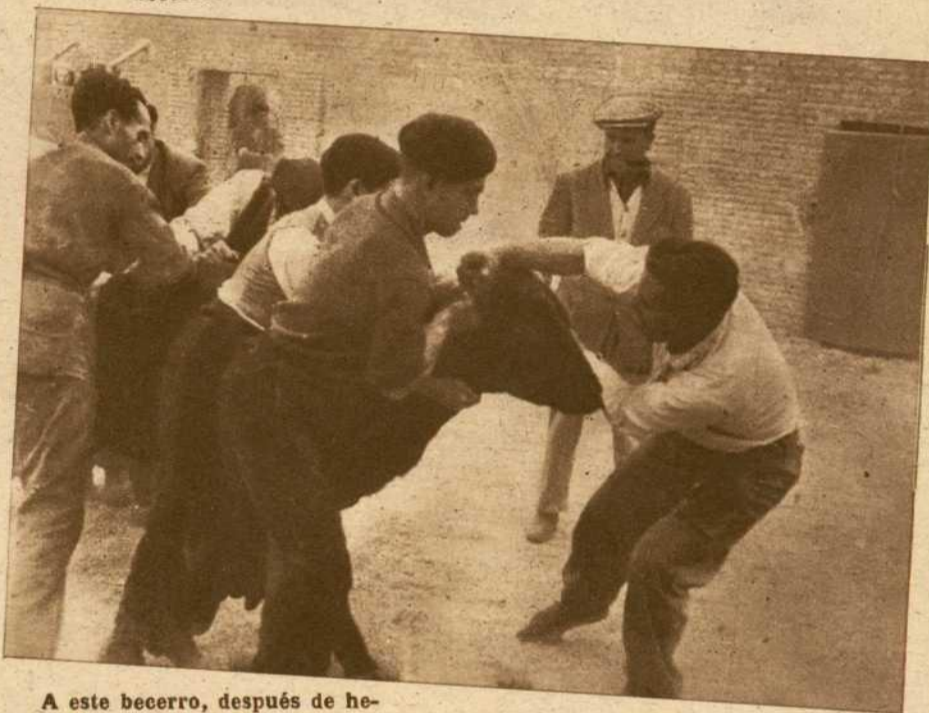
Se van calentando los hierros para marcar a las reses. El veterinario va de un lado a otro con el botiquin para calmar el dolor que las quemaduras causaran a los becerros



Hay que emplear buena fuerza para derribar a los becerros y proceder así a herrarlos



para que, a continuación, el conocedor de la ganadería le fije el número, detalle tan indispensable en la suerte que luego correrá el toro



A este becerro, después de herrado, se le ha roto un cuerno. Es lástima, porque había dado muy buena nota. Entonces se acuerda destinarlo a semental



Alguna de ellas se decide a torear sola...



... o por lo menos, «al alimón»  
(Reportaje gráfico de Martí)





# AYER Y HOY

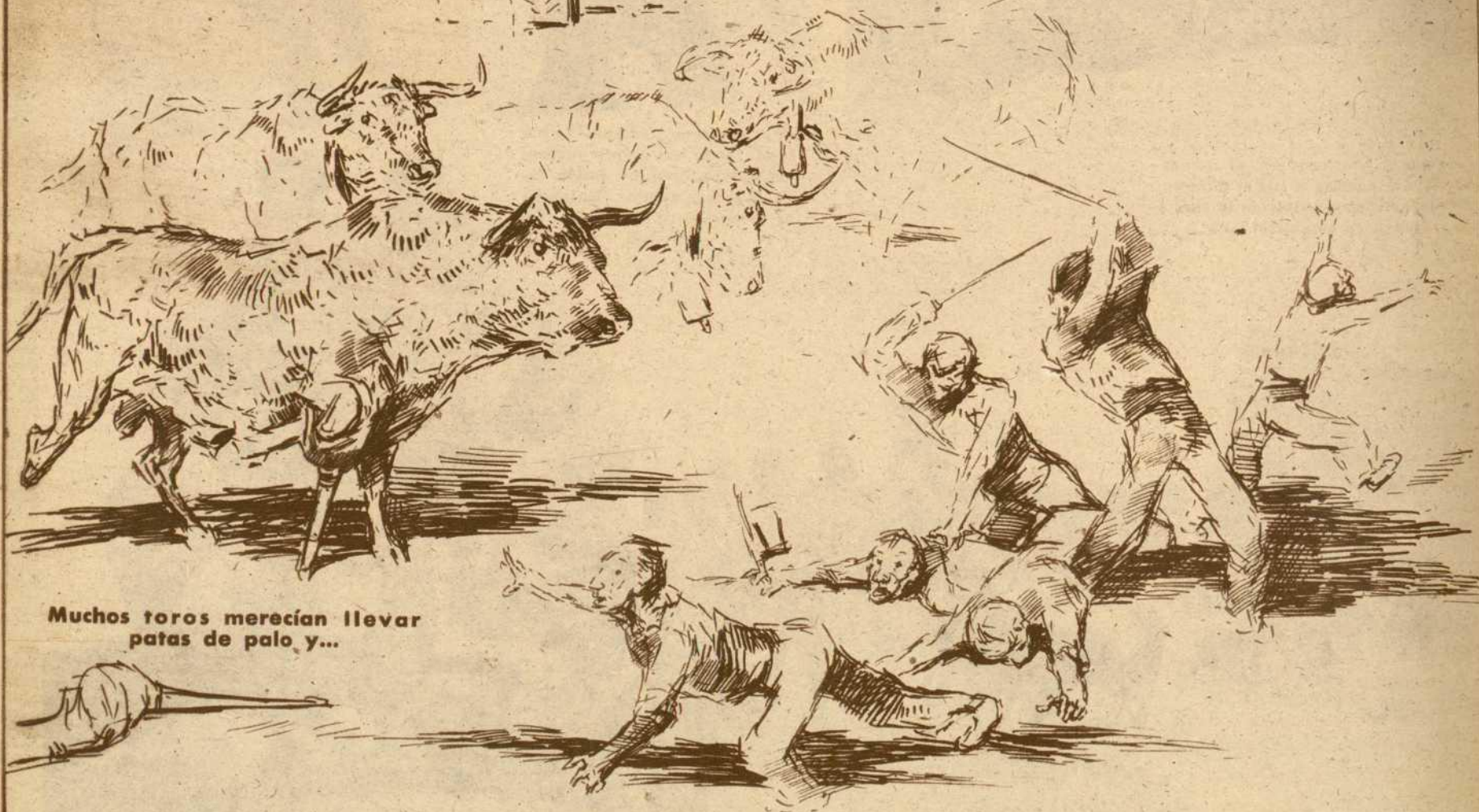
LA EDAD DE PALO DEL TOREO, Por Antonio Casero.



El diestro para, manda y templa, y el elogio es éste: ¡Qué bien torea «cara de palo»...!



Los matadores todos llevan su estoque de palo...



Muchos toros merecían llevar patas de palo y...

... los «aficionados», tenían que recibir buenos «palos», por cómplices de todo ello...

ANTONIO CASERO





DE LA TEMPORADA QUE ACABO

# EL PÚBLICO



HA terminado la temporada taurina. Y con este final cesa el trasladarse de feria a feria a sufrir las mismas decepciones, o a disfrutar de los aciertos, no tan escaso en ella que haya habido que medirles con cuentagotas. En lo que nuestra afición permanece en barbecho, quisiera evocar recuerdos de la campaña taurina recién finada. Pienso que, lejos de la pasión del momento, podrán ponerse a luz y en relieve momentos afortunados o infelices, y preparar con su meditación la temporada próxima, en la que (D. m.) hemos de volver a ver los mismos diestros con toros hijos de las mismas madres que los lidiados en este verano.

Pero al comenzar esta serie de recuerdos, prefiero dejar alejarse aún más en el tiempo las faenas de toros y toreros, y atender a aspectos de las corridas que pudiéramos llamar permanentes, y en los que no puede influir la proximidad al enjuiciarles. Y de ellos, el primero, el público.

¿Cómo son, cómo reaccionan los públicos de toros? Ramón Pérez de Avala observó agudamente que los públicos en los toros no se sienten espectadores, sino jueces. El público, que debe ser una parte del espectáculo entusiasta y desapasionada, se convierte en la Plaza en cátedra ceñuda, en examinador malhumorado. Y esta no es su misión. Porque es inevitable que las reacciones del público ante el espectáculo tengan un carácter crítico, pero siempre dentro de la espontaneidad sin prejuicios. Bastante es que el diestro tenga que sufrir el fallo de una justicia impulsiva, y no reflexiva, y, por tanto, de lo contrario de una justicia. Pero lo grave es que tal justicia impulsiva esté preparada por el resentimiento de muchos, la antipatía de varios, la violencia de bastantes y la ignorancia de la mayoría.

El público se constituye, en efecto, en juez; pero no en juez imparcial de una causa civil, indiferente al interés privado de los litigantes, sino en juez de un delito del que el reo, en lo que no prueba lo contrario, es el torero. El criminal más notorio no se ha presentado jamás ante el tribunal que ha de juzgarle con menos garantías, y como blanco de encono de sus jueces, como el diestro ante el público.

Debe decirse en descargo de él que llega al juicio muy castigado. Los desplazamientos son caros e incómodos; los alojamientos, difíciles; las localidades llegan a precios que constituye verdadero sacrificio el adquirirlas. Esto sí, tras el viaje o la ilusión, no tiene que recurrir a la reventa, con la inquietud de perder la fiesta. Pero sobre todo esto hay una disposición de ánimo que, especialmente en los públicos de Plazas en que se dan pocas fiestas, lleva el encono y malestar al colmo. Este espectador de feria tiene la idea preconcebida de que en la Plaza no se ventila sino un pleito comercial, en el que el diestro, premeditadamente, ha de engañar al público ingenuo, abusando además de una supuesta ignorancia de la técnica de los toros y de la valía de las suertes. Por ello, los gritos que se oyen en la Plaza no acusan la demanda o falta de arte del lidiador, sino que son verdaderas ofensas para su conducta moral. Los dictados de canalla o sinvergüenza son mucho más habituales que los de mal torero o torpe. El espectador no se cree defraudado por el poco arte del diestro, sino que piensa que se le estafa voluntariamente.

El complejo se enmaña y agría más porque cree que el torero abusa de la ignorancia del público, y éste tiende a quitar mérito a las faenas y a considerar muchas veces faenas meritorias como ventajas y

abusos dignos de protesta. Yo he visto este año a un presidente, que tenía esta psicología de espectador receloso al cien por cien, obstinarse en negar la oreja a un gran diestro que acababa de realizar en el ruedo la mejor faena de su vida gloriosa de torero. «¡A mí no me la da!», decía convencido. Y ese «¡A nosotros no nos la dan!» la repiten miles de espectadores, y con ese prejuicio desconciertan a los diestros y maravillan a los que van sin él.

Sería injusto callar que ese mismo público tiene cualidades excelentes. Olvida el delito taurino y extiende la amnistía sobre lo pasado con rapidez increíble, y, embalado en el entusiasmo, deja de discernir para entregarse sin reserva a lo que el torero haga, meritorio o no.

Si yo creyera que estas observaciones sobre el carácter del público de toros iban a influir lo más mínimo sobre él, no las haría. La fiesta es así, y sin esta pasión no habría fiesta, y sin esta desigualdad en las reacciones no contemplaríamos tantas apoteosis taurinas, que le dan vitalidad y animación incomparables.

Pero, dentro de este modo impulsivo de juzgar, podría desearse una poda de prejuicios de los que he apuntado. Lo demás vendría noblemente, y vendría bien. Es «la cólera del español sentado», de que habló Lope de Vega, que no toleraba en el teatro sino el vértigo de los sucesos y la tensión constante del interés dramático. Y la fiesta de toros es, al fin y al cabo, una fiesta de vértigo.

JOSE M. DE COSSIO

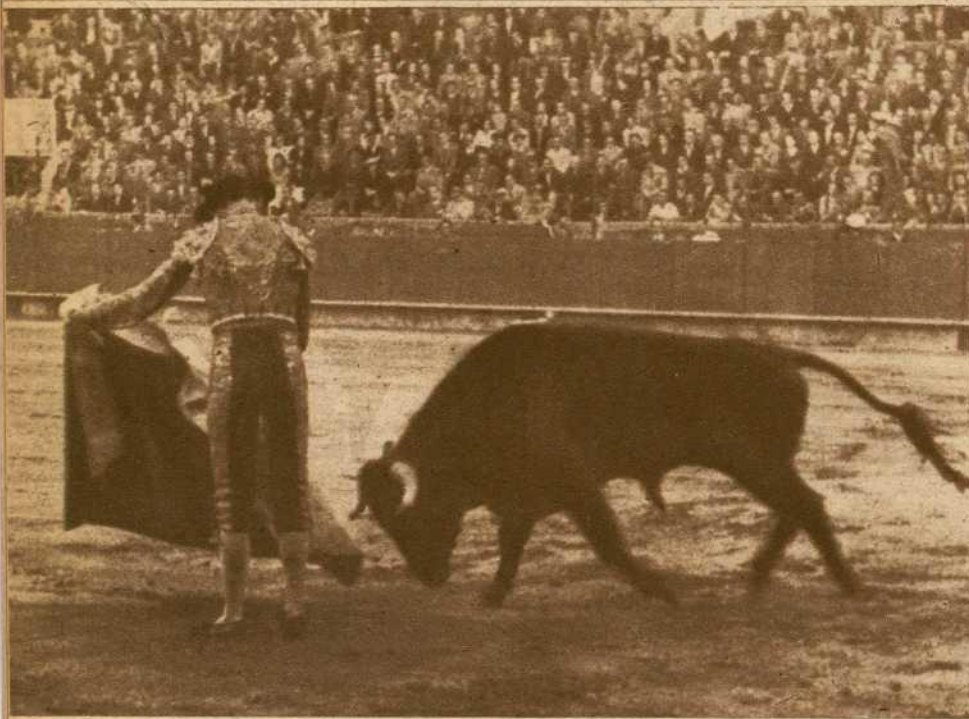


**NOVILLADA DEL DIA 27 EN BARCELONA**

**Dos reses de Sánchez Tabernero,  
dos de Clairac y dos de Albarrán, para  
PEDRO ROBREDO, MANOLO  
NAVARRO y PAQUITO MUÑOZ**

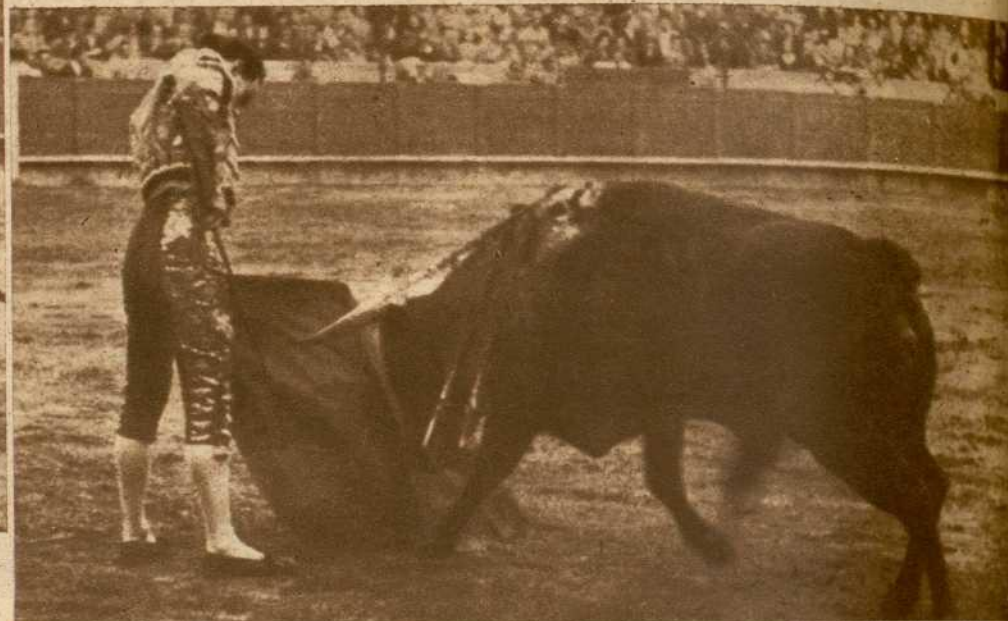


Los matadores se disponen a hacer el paseo

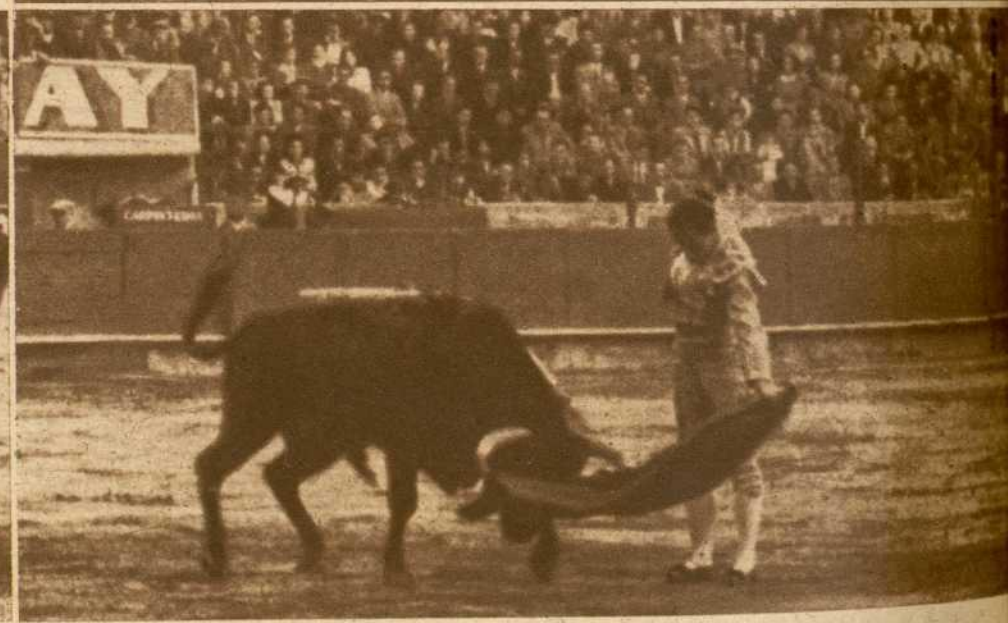


Robredo se para al lancear

Un muletazo con la izquierda, de Robredo →



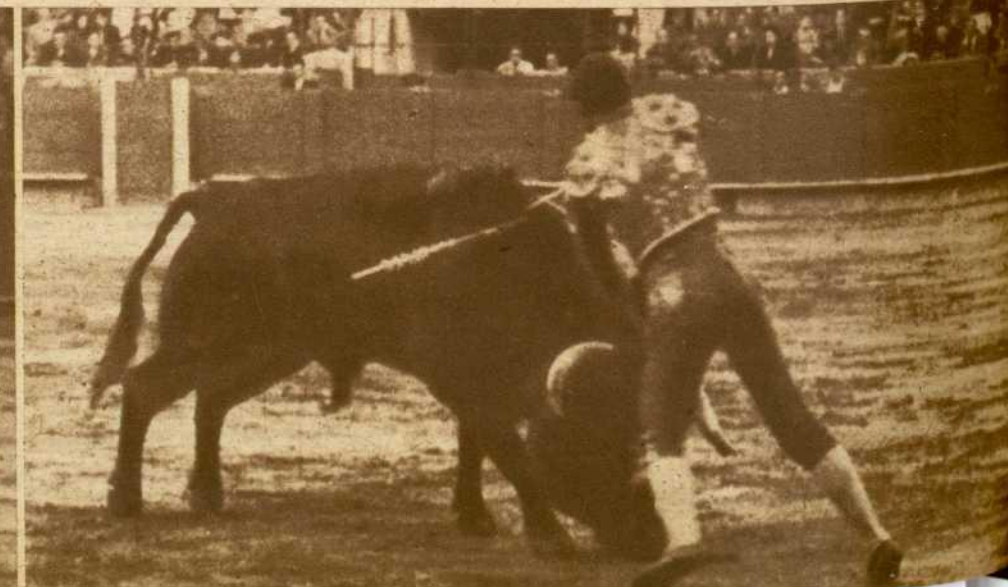
Manolo Navarro toreando de capa



Manolo Navarro también torea con la izquierda

Paquito Muñoz tira lentamente del novillo...

...y entra, muy decidido, a matar





# EL PROBLEMA DE LAS PUYAS

“O se modifican las puyas o se modifica el toro”,  
dice **MARCIAL LALANDA**

El quite ha perdido en eficacia lo que ha  
venido a ganar en vistosidad

José María de Cossío, cuya autoridad en materia taurina no hay por qué recalcar, planteó en uno de los pasados números de **EL RUEDO** el tema de las puyas.

Apostillamos entonces su artículo dejando abiertas las páginas de esta Revista, enderezada al mejor prestigio de la fiesta nacional, a cuantos quisieran aportar su experiencia al examen y resolución del problema que Cossío planteaba. Con el propósito explicable de buscar la solución justa.

Y por aquí irán desfilar los que tengan algo interesante que decir; o porque vivieron directamente el caso o porque, al presenciarlo una y otra vez desde los tendidos, calaron profundamente en su importancia.

Recogemos hoy la opinión de Marcial Lalanda.

**H**EMOS preguntado al ex «joven maestro»:

—¿Etiende usted que deben modificarse las puyas actuales?

—Convendría adaptarlas a la honda modificación experimentada por la fiesta. La iniciativa de Cossío me parece acertada; pero le encuentro un defecto: el de reducir y localizar en una sola cuestión un tema de vuelos amplísimos. Ni los toros ni los públicos son los de antes, como tampoco los gustos de éstos. Las puyas actuales se idearon para ser empleadas con toros de romana, trapío y poder; por tanto, o vamos a la modificación de la puya o... a la modificación del toro.

—¿Cree que el peto de los caballos contribuye

a aumentar los defectos de la suerte de varas?

—Es indudable que influye poderosamente en desvirtuar una suerte tan cargada de emoción y belleza. Ha quitado un riesgo al conseguir que el picador pueda dedicarse, casi impunemente, al castigo de la res, sin preocuparse de la propia defensa.

—Con lo que venimos a dar en que el quite ha perdido su virtualidad de ser.

—El quite, hoy, viene a hacerse al toro en lugar de quitar o defender al picador. Los quites han quedado reducidos a lances de mero adorno, vistoso casi siempre, pero ineficaces y hasta perjudiciales por contribuir al agotamiento del toro.

Unos amigos interrumpen nuestra charla. Hablan de jaulas de ganado... facturaciones...  
Mar-

cial, reanudando el tema donde lo había dejado, recordó tiempos pretéritos. Entonces los espadas de turno, procurando siempre dar el menor número de capotazos, ponían al toro en suerte o lo alejaban del derribado picador.

—¿Debe introducirse alguna modificación en el formato de la puya?

—La puya debe ser lo suficiente útil para que pueda cumplir su cometido: romper la piel, castigar a la res y, ahormándola, hacer que se desangre en justa medida a su poder. Pero esto no quiere decir que la puya profundice introduciéndose en el toro puya, carguillo, arandela y palo.

—¿Y cómo se evitaría este frecuente espectáculo?

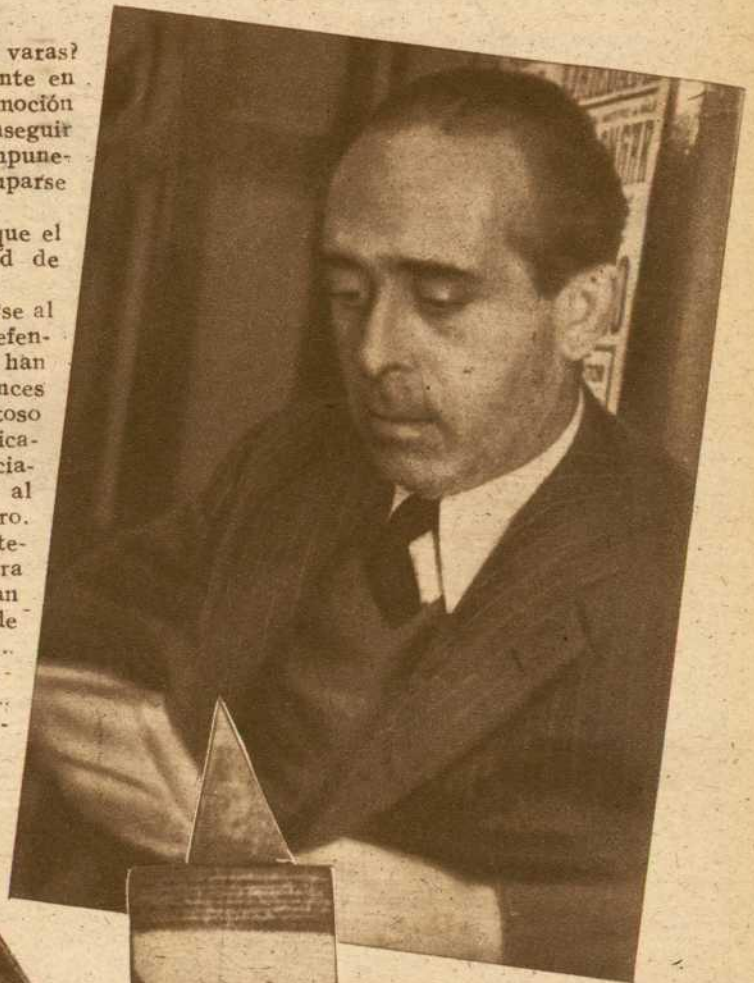
—Un aspa en el tope de la arandela, parecida a la cruceña del estoque de descabellar, acaso evitaría ese castigo excesivo a que anteriormente me refería. Al menos convendría ensayar éste u otro procedimiento parecido.

—¿Cabe atribuir responsabilidad al matador o a los picadores por la decadencia de la suerte de varas?

—Nadie, en el oficio de matador de toros, desconoce que un toro, por manso que sea, si se le pica en los altos, no tiene otra solución que empujar o marcharse de la suerte. Por el contrario, un puyazo en los bajos, hace al toro dolerse y que rehuya el castigo, llegando por esta causa a la muleta incierto y difícil y eliminando toda probabilidad de lucimiento. La ejecución imperfecta no favorece ni al picador ni, mucho menos, a su jefe.

El tema ha conseguido comunicar a Marcial un creciente entusiasmo.

—Hay un tema de más urgente resolución que el enfocado por Cossío. El del abaratamiento de un espectáculo genuinamente po-



pular, que ha venido a convertirse en fiesta de potentados. He aquí el verdadero y acuciante problema. De no ser atajado, la fiesta llegará a su casi total desaparición antes de lo que muchos imaginan. Y, llegado ese momento, ¿qué falta nos harán recetas de parcial curación?

\*\*\*

Y volviendo al tema de las puyas, recordamos que al comienzo de la temporada se ensayó la puya de la caroleta y que un buen día se dejó de emplear.

¿No convendría empezar la revisión sobre esa base?  
¿O fué definitivamente desahada?

F. MENDO





EN un viejo libro de Memorias, sin nombre de autor ni firma, encuentro la curiosa página que sigue:

"3 de septiembre de 1874. Son las cuatro de la madrugada. He asistido al estreno de la nueva Plaza de Toros de Madrid, sita en la Carretera de Aragón. En tanto escribo, oigo sobre los cristales de mi balcón el monótono goteo de la lluvia. ¡Qué lástima! La lluvia ha deslucido, en parte, el espectáculo. Hasta media corrida ha llovido con intermitencias. Me caigo de sueño, y antes de dormir quiero apuntar lo que he visto.

A la una de la tarde se salpican palcos, barreras y graderíos de gente madrugadora. En mitad del ruedo, la banda de San Bernardino toca la musiquilla torera de Barbieri. Un público de paraguas la rodea. Conforme se aproxima la hora de empezar se granan las localidades. Desde mi barrefa apunto la gente conocida. Ahí van unos nombres: En la meseta de toril descubro a don Manuel Cordero y otros redactores de "El Toreo"; en la grada primera centro, fila primera, a don José Santa Coloma, director de "El Tabano"; en la grada séptima, en delantera, al ex ministro de Ultramar don José Cristóbal Sorri; en el centro, al empresario de la Plaza, don Casiano Hernández; en la grada segunda, centro, a doña Josefa Trigo, hija y hermana de los famosos picadores de este apellido, acompañada de su esposo. Y en la barrera del 10, a don José Sánchez de Neira, con don Simeón Avalos.

En el palco regio aparece la bizarra figura del general Serrano, duque de la Torre y presidente del Poder Ejecutivo de la República. Una salva de aplausos le saluda.

En el palco 4, las duquesas de Uceda y de Villaseca; en el 30, don José Carmona, director de "El Boletín de Loterías y Toros"; en el 32, don Antonio Peña y Goñi, eminente crítico musical y taurino; la duquesa de Sanlúcar, en el 81, y las duquesas de Veragua y Fuenrubia, en el 114.

A las tres en punto de la tarde, el alcalde de Madrid, señor marqués de Sardoal, hace la señal, y aparecen las cuadrillas, en medio de una ovación unánime y fervorosa. Antes se gana una silba don Enrique González Rubio, que tiene el tупé de atravesar el ruedo el solito, después del despejo por los alguaciles. Véase un modo sencillo de pasar a la Historia.

Y vamos a la corrida de los diez toros, famosa por su significado. Apunto escuetamente detalles y lances, con el fin de escribir más tarde sobre ellos una crítica razonada.

**Primer toro.**—Torero, del duque de Veragua; berrendo en negro, capirote, bien puesto y bravo. No luce la magnífica moña de la duquesa de Fernán-Núñez. A cambio de dos caballos, recibe tres varas de Chuchi y cinco de Calderón. Antón le pone dos pares de banderillas; uno de gallardete y otro corriente. Manuel Mejías (Bienvenida), uno de las chinescas y medio de los comunes, Manuel Fuentes (Bocanegra), de verde y oro, le pasa con dos naturales, dos cambiados, uno de pecho y tres con la derecha. Termina con una estocada atravesada, un pinchazo, otra más atravesada y otra por el mismo estilo.

**Segundo toro.**—Cazador, de don Antonio Hernández; negro, bien armado y bravo. Tampoco saca la moña de la Junta de Damas de Honor y Mérito. Dos varas de Chuchi, una de Marqueti y tres puyazos de Calderón. Tres caballos muertos. Gallito el mayor le clava dos pares, y Juan Molina uno, ambos al cuarteo. Rafael Molina (Lagartijo), de illa y oro, le da dos naturales, uno preparado de pecho y una estocada arrancando, delantera y baja.

**Tercer toro.**—Vinagre, de don Manuel Puente López; refinto, ojo de perdiz, corniveleto, bizzo del izquierdo y huído. Pierde la moña de doña Carmen Olite. Sólo toma una vara, de Calderón. Vázquez clava dos pares de lujo; Julián Sánchez otros dos, y Francisco Arjona Reyes (Currito), después de cuatro naturales, tres de telón y uno con la derecha, le remata con una estocada contraria, a volapié.

**Cuarto toro.**—Mochito, de Núñez de Prado; cárdeno, bragao y cornabierto. Toma cinco varas de Chuchi, dos de Calderón y una del reserva Canales. Salvador Sánchez (Frascuelo), de illa y negro, le da dos naturales, cinco con la derecha, uno cambiado, otro por alto y una estocada contraria y corta.

**Quinto toro.**—Fortuno, de don Anastasio Martín; negro, bragao, meano, bien armado. No saca la moña

# NACE EN 1874 LA VIEJA PLAZA DE TOROS DE MADRID



La vieja Plaza de Toros, en la Carretera de Aragón

Por este lugar se inició el derribo del viejo coso



de doña Candelaria Gavina. El Francés le pone tres varas, perdiendo el caballo; Antonio Calderón tres, una el Morondo y otra el Melones. Le banderillean Regaterín, con par y medio, y Angel Pastor, con dos. Vicente García (Villaverde), de morado y oro, le pasa con dos naturales, tres con la derecha y dos de telón, para terminar con una corta, a volapié, y un mete y saca, bajo.

**Sexto toro.**—Leduzo, de Miura; jabonero, bien armado. Saca la moña de la marquesa de Perijá. Calderón se la quita con una vara, le pone otras tres, y el Francés cuatro. Fernando Gómez (Gallito Chico) le clava un par, y José Martín (La Santera) par y medio. José Lara (Chicorro), de morado y oro, le trastea con tres naturales, dos por alto, tres cambiados y una estocada en hueso, arrancando, y una baja.

**Séptimo toro.**—Boticario, de don Carlos López Navarro; cárdeno, bragao, listón. No saca la moña de doña María Buschental. Pone una vara el Francés, perdiendo la montura; cuatro Morondo, muriéndose el caballo, y dos Melones, quedando desmontado. Angel Pastor coloca dos pares, y Regaterín uno. José Machio, de grana y negro, previó tres naturales, cinco con la derecha, dos cambiados y dos de telón, da una

corta, atravesada; una en el aire, saliendo arrollado; media estocada en las paletillas, y a paso de banderillas, otra media al revuelo y otra baja.

Frascuelo sale de la Plaza con su cuadrilla para ir a torear a Murcia.

**Toro octavo.**—Rondeño, de Veragua; negro, bragao y brocho. Se le cae la moña de doña María Salamanca. Toma dos varas del Francés y dos del Morondo. Valdemoro le cuega par y medio, y Antón uno. Pedro Fernández (Valdemoro), de grana y plata, después de cinco naturales, tres con la derecha, dos de telón, un pinchazo bajo, arrancado, y dos cortas, le remata con un magnífico volapié.

**Toro noveno.**—Capuchino, de don Manuel Puente López; colorao, ojo de perdiz y bien armado. El Francés le pone tres varas, perdiendo el potro, y cuatro Melones. Bienvenida le prende dos pares, y Mariano uno. Bocanegra, con tres naturales y dos de pecho, le despacha, arrancando, con una baja.

**Toro décimo y último.**—Traidor, de López Navarro; negro, listón, cornabierto y manso. Le tuesta la piel Molina con dos pares, y Bienvenida con uno. Lagartijo da cuatro naturales, seis con la derecha (siendo desarmado), tres de telón y cuatro cambiados; da una arrancando, pincha en hueso y cae delante del toro, salvándose de una cornada por milagro; otra corta, y termina la corrida."

Tal fué la fiesta inaugural de la histórica Plaza de Toros de Madrid. El tiempo se la ha llevado hasta en los elementos; lo que aun perdura es la brava estirpe de aquellos dos rehileteros sevillanos, Fernando Gómez (Gallito Chico) y Manuel Mejías (Bienvenida), ambos tronco y cabeza de dos gloriosas dinastías de toreros.

FEDERICO OLIVER



Vicente Pastor, Antonio Fuentes cuentan la desaparición del edificio comenzado en enero de 1873



Marcial Lalanda, que toreó la última corrida celebrada en esta Plaza, contempla lo que fué lugar de sus triunfos



# Y EL DOMINGO 14 DE OCTUBRE DE 1934 SE DA "LA ÚLTIMA QUE SE CELEBRARA EN ESTA PLAZA"

RECIENTEMENTE se ha cumplido el duodécimo aniversario de la última corrida celebrada en la Plaza de Toros vieja de Madrid, Plaza de la que, a pesar de los años transcurridos, aun existen algunos vestigios en el lugar donde fue construida.

Inadvertido pasó el aniversario para muchos aficionados; pero de la corrida — que por tal hecho figura entre las célebres — aun conservamos un grato recuerdo cuantos la presenciáramos, porque con ella quedó cerrado el paréntesis de su histórico contenido, al que por razón de los muchos otoños que pesan sobre nuestras espaldas también asistimos con verdadero deleite, desde las toreras postrimeras de Lagartijo y Frascuelo.

Por el albero del desaparecido palenque, tierra que conserva el matiz que tantas veces contemplamos desde nuestra localidad, y que aun no deja de ser contemplada por los curiosos que evocando épocas pasadas se dan de vez en cuando una vuelta por el sitio donde estuvo empujado, vimos desfilar, durante más de medio siglo, los citados colosos del toreo, a todos los que vistiendo el traje de luces, escribieron después en los anales tauromáquicos, con indelebles caracteres, brillantísimas páginas rebosantes de arte y de valor.

¿Cómo no dedicar unas líneas al desaparecido coloso tauromáquico con motivo de uno de sus momentos más históricos?

Construido ya el actual monumental de las Ventas del Espíritu Santo, y celebradas en él algunas corridas, aun continuaba en pie el que es motivo del presente reportaje, abriendo sus puertas a los aficionados.

Pero condenado a morir de tajante manera, llegó para él su última hora, y esto sucedió el día 14 de octubre de 1934, con la celebración de un espectáculo digno de ser desempolvado al cabo de los doce años transcurridos.

Con esta corrida, de la que ahora vamos a ocuparnos, se cerró, como ya hemos dicho, el paréntesis abierto por Manuel Fuentes, Bocanegra; Rafael Molina, Lagartijo; Francisco Arjona Reyes, Currito; Salvador Sánchez, Frascuelo; José Lara, Chito; Vicente García, Villaverde; José Machio y Angel Fernández, Valdemoro; el 4 de septiembre de 1876, al inaugurar el inmueble eje de este retrospectivo artículo.

Organizada esta corrida inaugural por la Excelentísima Diputación Provincial a beneficio del Hospital General, corrida de la que el público salió muy aburrido, porque los diestros que en ella intervinieron no estuvieron a la altura de su fama, la despedida tuvo también tal carácter, siendo en esta ocasión beneficiario el Montepío de Empleados de la citada Corporación.

En pleito diversos ganaderos con la Empresa madrileña, y divididos aquéllos con la constitución de tres Sociedades tituladas Unión de Criadores de Toros de Lidia, Asociación de Ganaderos de Toros Bravos y Asociación de Ganaderos de Toros de Lidia — disidente ésta de las dos primeras —, se anunciaron seis toros salmantinos de don Angel Sánchez y Sánchez, antes de Trespalacios, pertenecientes a la última de las tres entidades cornudas citadas, para ser lidiados por Marcial Lalanda, Joaquín Rodríguez, Gagancho, y Rafael Vega de los Reyes.

Para ser rejoneados, como preludio de la corrida, por el caballero cordobés don Antonio Cañero, también se anunciaron dos toros del no asociado don Martín Martín.

Cuando, a las tres y media de la tarde, y a los compases del pasodoble *Marcial, eres el más grande*, cruzaron por última vez aquel ruedo los lidiadores, estalló una imponente ovación.

De los dos toros anunciados para rejonos sólo se lidió el primero, Capuchino, porque don Antonio Cañero, después de rejonearle y banderillearle con toda brillantez, en el empeño a pie resultó cogido al intentar, frente al tendido 1, la faena de muleta, siendo el último artista que visitó la enfermería de la vieja Plaza, donde le apreciaron un puntazo que le impidió continuar la lidia.

Con tener una tarde feliz Gagancho, fué Marcial al que en esta corrida triunfó de manera ruidosa.

Muy bien en el primero, Calcetero, que llegó al trance final con serias dificultades, fué ovacionado por la sabia faena que con él realizó; pero en el cuarto, Moñudo, berrendo en negro, triunfó clamorosamente.

Brindó el maestro desde el centro del ruedo la lidia de este toro, muy difícil, al público, y ejecutó

otra faena grandiosa, plétórica de valor, arte y dominio.

En franca rebelión el astado, Marcial, jugándose la vida, le toreó de emocionante manera, peleando con él, obligándole, cortándole el viaje con la muleta, hasta reducirle de maravillosa manera, haciendo, minutos más tarde, cuanto le dió su reverendísima gaña.

Asombrados los espectadores ante la sabiduría y el valor del torero, no cesaron de aplaudirle, y cuando, después de matar a Moñudo de un superior pinchazo, una buena estocada y un certero descabello, fué el difícilísimo cornúpeto arrastrado por las mulillas sin una de las orejas, que había sido cortada para el lidiador triunfante, la ovación, con vuelta al ruedo y salida a los medios, fué inascripible.

Gagancho estuvo bien en el segundo, Aviator, y superior en el quinto, Dichoso, del que cortó una oreja.

No le acompañó la suerte a Rafael Vega de los Reyes, Gitanillo de Triana, en los toros Rondeño y Florido, lidiados en tercero y sexto lugar.

Al ser arrastrado Florido por el tiro de mulas, y antes de abandonar sus respectivas localidades, se dió cuenta el público de que Marcial conversaba con el gerente de la Empresa, don José Alonso Orduña, y éste, telefónicamente, con la presidencia. Y puestos todos de acuerdo, con gran complacencia de los espectadores, pisó la arena el toro que en segundo lugar debió lidiar Cañero. Atendía el bovino por Reolino, estaba marcado con el número 58, era negra su pinta, recortado, y bien puesto de pitones.

Este fué el último astado que salió por el mismo chiquero que lo hizo por primera vez Toruno, del duque de Veragua, hacia sesenta años.

A Reolino, los hermanos Juan y Miguel Atienza le picaron cuatro veces, colocándole dos pares de banderillas Antonio Gallego, Cadenas, y uno, Bonifacio Perea, Boni, siendo estos cuatro subalternos los últimos que como tales actuaron en el desaparecido circo.

Llegó Reolino a las manos de Marcial sumamente peligroso, y el joven maestro le toreó con gran ha-

# Plaza de Toros de MADRID

EL DOMINGO, 14 de octubre de 1934

## CORRIDA DE TOROS EXTRAORDINARIA

(ÚLTIMA QUE SE CELEBRARÁ EN ESTA PLAZA)

y organizada a BENEFICIO del

Montepío de Empleados de la Excm. Diputación Provincial

ORDEN DEL ESPECTACULO

SE LIDIARAN Y ESTOQUEARAN

# 8 T.O.R.O.S 8

en la forma siguiente:

PRIMERA PARTE.—Se lidiarán DOS NOVILLOS-TOROS, con divisa encarnada y caña, de la acreditada ganadería de D. MARTÍN MARTÍN, de Madrid, los cuales serán REJONEADOS por el gran rejoneador

## D. Antonio Cañero

Caso de no morir los toros a causa de los rejonos, serán estoqueados por dicho rejoneador.—Banderillas auxiliares Emilio Ortega (Ortega) y Pastinco Viglots (Torquillo II).

SEGUNDA PARTE.—Se lidiarán y estoquearán SEIS TOROS, con divisa blanca, azul y negro, de la acreditada ganadería de D. Angel Sánchez y Sánchez, antes de TRESPALACIOS, de Salamanca, por los lidiadores siguientes:

ESPADAS

## Marcial Lalanda, Joaquín Rodríguez (Gagancho) Rafael Vega de los Reyes

PICADORES.—Juan Alenza, Miguel Agreza y José Alenza; Francisco Zaragoza (Trueno) y Agustín Ibáñez (Martinez); Francisco Chaves y Antonio Chaves.—Picadores de reserva: Antonio Vega y Carlos Ruiz.

BANDERILLEROS.—Eduardo Lalanda, Antonio Gallego (Cadenas) y Bonifacio Perea (Boni); Alfredo Gallego (Morajo), Eduardo Pérez (Bogotá) y Antonio Vargas; Manuel Alvarez (Andaluz), Manuel Ponce y Gabriel Moreno.

### La corrida empezará a las TRES Y MEDIA de la tarde

En caso de necesidad, continuará la lidia hasta una hora del almuerzo siguiente.

La brillante banda de música del Regimiento de Infantería n.º 1, comandada por el Sr. D. Juan de Dios, acompañará a los señores lidiadores en su salida al ruedo. El espectáculo será gratuito para los señores lidiadores y para los señores que se presenten en la Plaza de Toros con un billete de 500 pesetas. Los señores que no tengan billete, podrán comprarlo en la Plaza de Toros, a un precio de 500 pesetas. Los señores que no tengan billete, podrán comprarlo en la Plaza de Toros, a un precio de 500 pesetas. Los señores que no tengan billete, podrán comprarlo en la Plaza de Toros, a un precio de 500 pesetas.

Los señores abonados podrán recoger sus localidades, previa la presentación del talón de abono, el VIERNES, 12 de octubre de la tarde a ocho de la noche, y el SABADO, 13, de nueve de la mañana a una de la tarde.

Dado el carácter benéfico de la corrida, quedan suprimidos todos los pases de favor.

#### PRECIOS DE LAS LOCALIDADES, INCLUIDOS TODOS LOS IMPUESTOS

LOCALIDADES	SOL.				MAYOR				SOL.				MAYOR			
	1.º	2.º	3.º	4.º	1.º	2.º	3.º	4.º	1.º	2.º	3.º	4.º	1.º	2.º	3.º	4.º
TERCIDOS	11	10	9	8	11	10	9	8	11	10	9	8	11	10	9	8
ANDANADAS	11	10	9	8	11	10	9	8	11	10	9	8	11	10	9	8
PALCOS	11	10	9	8	11	10	9	8	11	10	9	8	11	10	9	8



Cartel de la última corrida de toros celebrada en la Plaza vieja

La puerta de caballerizas (x) y el pabellón (x) del maestro de banderillas de la vieja Plaza, que aun no han sido derribados. Al fondo, la calle de la Fuente del Berro, con sus modernos edificios

bilidad, enviándole al desolladero de media estada y otra, entera, buena. Lalanda fué nuevamente ovacionado, dió la vuelta al ruedo y salió triunfalmente del palenque, terminando la historia de la Plaza, nocturnamente porque durante la lidia de Reolino fueron encendidos los focos de luz eléctrica. Los cinco de Trespalacios — el quinto fué desechado en los corrales y sustituido por otro de Calirac — pesaron en bruto la friolera de 3.051 kilos.

DON JUSTO



# LAS VITRINAS DEL MUSEO

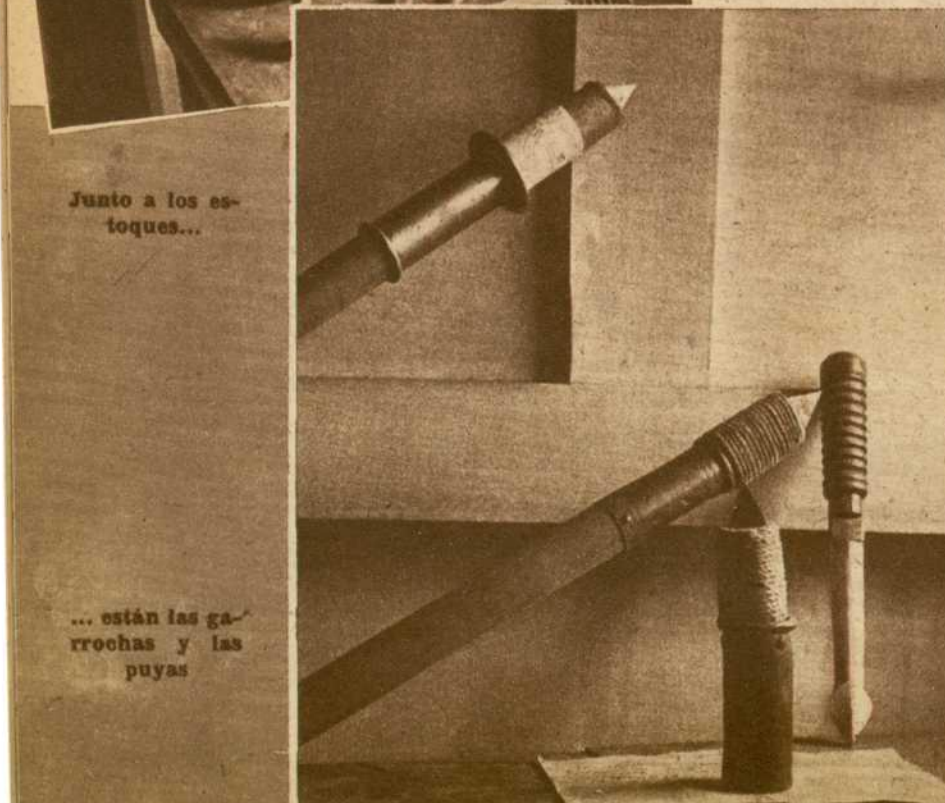
# El traje del "lidiador desconocido"



En las vitrinas están los viejos trajes de torero, ya deslucidos por el tiempo ... y los trajes de calle de los diestros cuando Frascuolo paseaba por la Carrera de San Jerónimo



Junto a los estoques...



... están las garrochas y las puyas

**E**STE es el torero Carmona. —¿Le falta un ojo? —Sí. Este espada era tuerto. Yo miro con fijeza el cuadro. Y arguyo: —Así, no vería más que medio toro. La mitad del peligro. Dos grandes patillas, como negras hoces, cortan la cara de Carmona. Junto a este cuadro están —en el Museo del Traje Español— los de Tato, Frascuolo, Mazzantini, Lagartijo... En el testero, una cabeza disecada de toro, con un lebrero: «Toro de cinco años lidiado en la Plaza de Toros de Huelva el domingo 23 de abril de 1913. Fué estoqueado por el matador de novillos sevillano José Gómez Ortega, después de una gran faena de muleta, perteneciendo a la ganadería de don Felipe Pablo Romero, vecino de Sevilla». Los cuernos de este bicho son finos y agudos, como una alusión artera. Yo le rasco el testuz. Alguien sonreirá pensando que este acto del periodista carece de arrojo. Es cierto que hace treinta y tres años que murió este toro; pero también es verdad que su cabeza exuda aún valentía y acometividad.

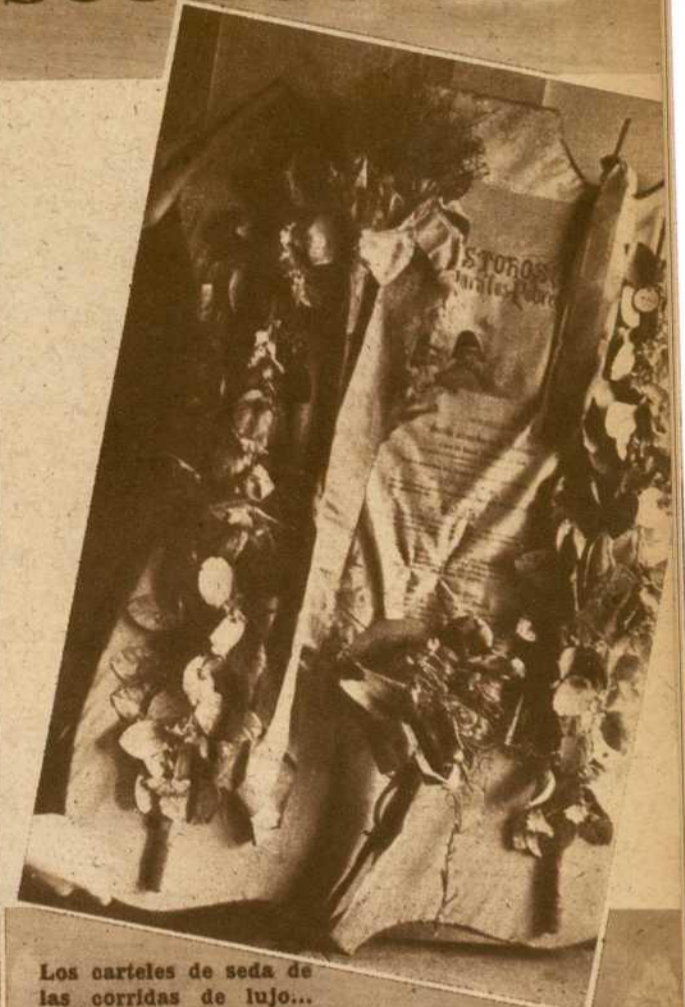
En las vitrinas están los viejos trajes de torero ya deslucidos por el tiempo, ese Tiempo, con mayúscula, que hace con nosotros tan «mala faena». Estos atavíos son opacos, sin luces... El sol de las Plazas los ha desteñido. No han vestido éstos trajes los toreros de postín o tronío, maestros en este peligrosísimo juego de la lidia de toros, sino que ésta o aquella chaquetilla pertenece al «lidiador desconocido», en cuyas manos la muleta era, muchas veces, un trapo lacio que encubría el miedo, y el estoque, pincho de viejo consumero que se hundía en cualquier lado del cernacho. Y es que el traje obliga a mucho. Si es de caballero, a la genuflexión cortés; si es de mozo arrabalero, al guiño o el chiste castizo, y si es de torero, al valor y la temeridad. Y a cada traje, su lenguaje. El idioma era de hierro cuando los caballeros vestían armadura, y en las

Plazas de Toros se «mascaba la faena» cuando algún espectador gritaba furioso a la cuadrilla: —¡Dejar solo al «espá»! Ya un maestro del toreo, hombre tan recio en la Plaza como áspero en los vocablos, se quejaba de que los toreros se volvían tan «finolis» y re-dichos. —Antes —decía—, cuando uno de nuestros peones se ponía «pesao» enseñándole la tela al bicho y poniéndole el capote como un babero a un crío, le gritábamos: —«¡Ejalo, asaíra!» «¡Ejalo ya!» Hoy, el maestro chillaba: «¡No le hostigues!» «¡No le hostigues!» Aquí están, en esta sala del Museo, los trajes de calle de los diestros. Son de cuando Frascuolo paseaba por la Carrera de San Jerónimo luciendo traje de majo con chaquetilla color cereza, o de color verde oscuro, pantalón negro y faja ceñidísima de seda bordada... Y cuando el torero Her-mosilla se tocaba con «sombbrero de queso», vestía un pantalón más estrecho que la conciencia de un usurero y colgaba de su faja de seda blanca una cadena de oro, como maroma de puerto, y una onza con inscripciones latinas, tal vez como alusión a que sus enemigos los toros sabían más latín que Nebrija. Junto a los carteles de corridas de escasa importancia —papeles que han puesto amarillos los años—, están los carteles de seda de las corridas de lujo, las «moñas» que les ponían a los astados, las banderillas con vistosas cadenas de papel y los grandes carteles donde la salida del toro a la Plaza era como un terremoto. Junto a los estoques están las garrochas y las picas. «Se ve desde el tendido» al picador andar con su «paso de pató» en busca de su cabalgadura, que se ha llevado el toro colgada de un pitón, pues el daño que hace la puya lo paga el caballo. Y al banderillero haciendo posturitas —de perfil y de frente— y llamando la atención del toro dando pataditas en el suelo como niño con rabietta y gritándole al astado: «¡Jé, torito», como si quisiera achicarlo con palabras mimosas, para engañarlo y colgarle al animal resabiado las banderillas. Pero entre tanto apatusco y artilugio taurino como hay aquí, falta lo que constituye el atractivo mayor de las corridas de toros: el público. Esas miles de cabezas que se encrespan, se irritan o se alegran, y que la emoción las remueve como el viento a un espeso trigal, constituyen el principal elemento dramático de la fiesta de los toros. Y esa emoción no cabe en un museo. — Por eso los matadores de genio y de responsabilidad ven, en las horas difíciles, la cornada en las

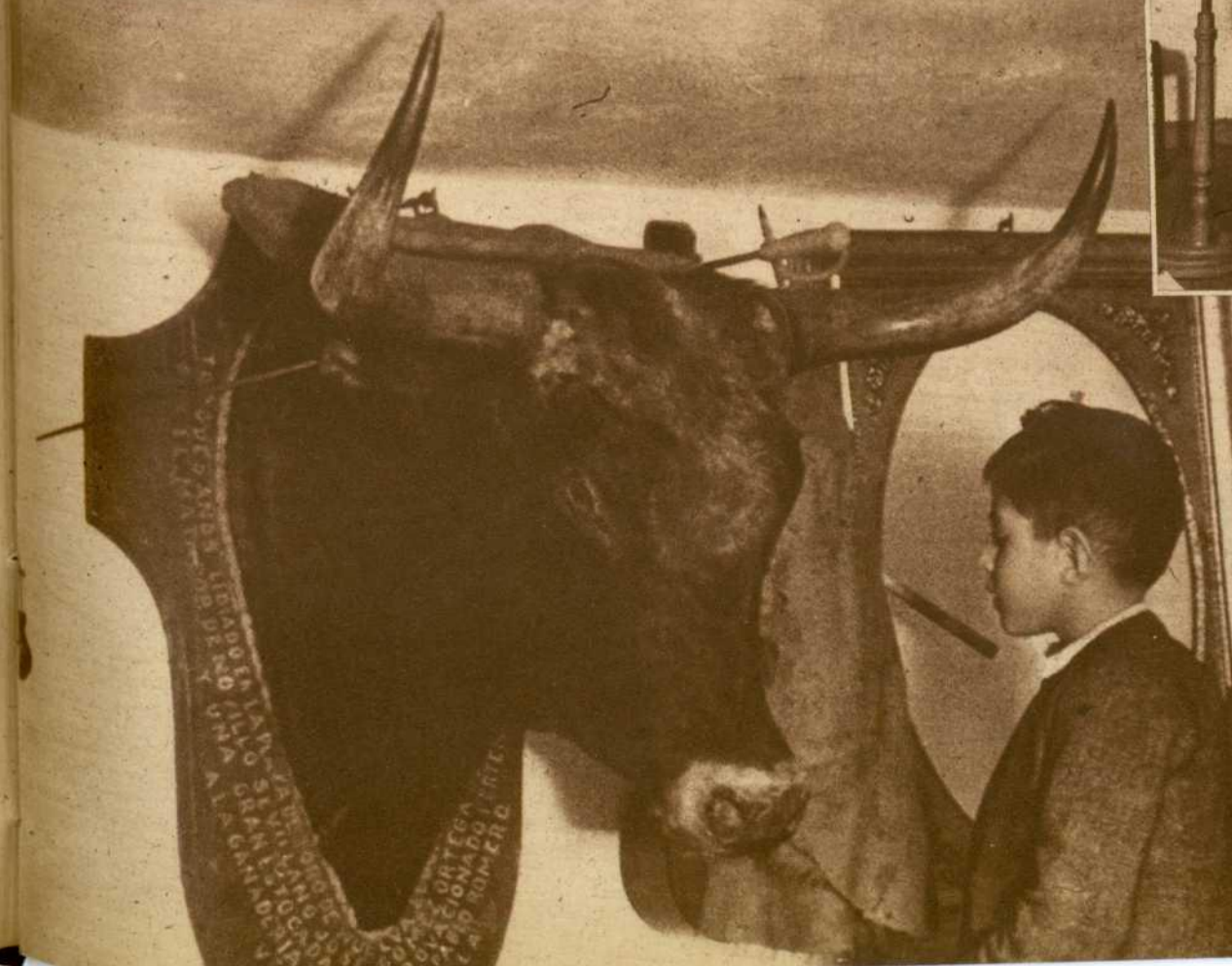
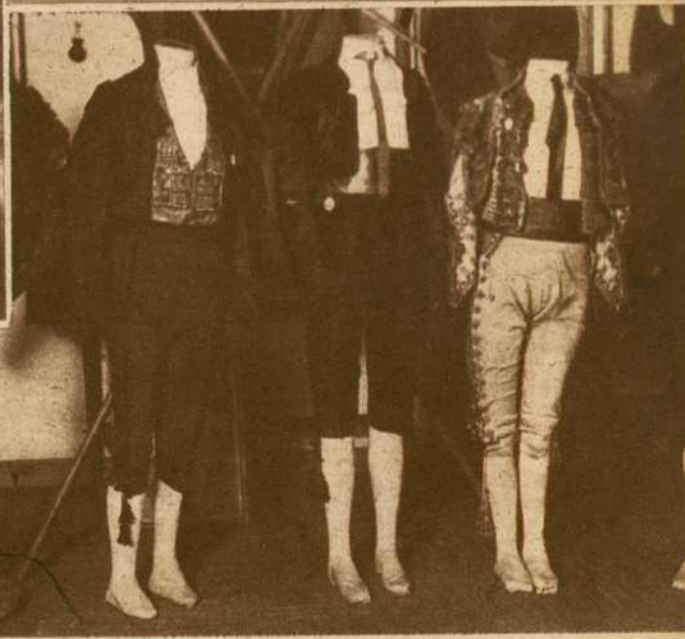


Retrato del torero Carmona, que se conserva en el Museo del Traje

Toro de cinco años, de la ganadería de Pablo Romero, al que dió muerte, en Huelva, Joselito



Los carteles de seda de las corridas de lujo... y el recuerdo de tantos lidiadores desconocidos, trajes opacos, sin luces...



gradas y los tendidos. Y se pegan al toro como un sello a una carta, porque es el sitio de la Plaza donde hay menos peligro. Allí está la apoteosis o el derrumbamiento. Es la señorita que chillaba, asustando al espectador que tiene a su lado, y que tira al redondel su zapato, que es una fortuna; o el aficionado que lanza al ruedo su chaqueta, como si hiciera la promesa de andar siempre en camisa; o el espectador, nervioso, que se mete el puro en la boca por «donde quemaa»; o el que saca su pañuelo «pidiendo la oreja», sin acordarse que debía mejor pedir jabón... Pero, ¿qué importa? El torero ha cumplido su pacto con la multitud, y ésta le paga con entusiasmo. Cuando el diestro, en un alarde de pundonor, torero, se juega su vida con elegancia y sencillez, hace olvidar a los demás que la vida está cara. Y eso es lo que no cabe en la vitrina de un museo.

JULIO ROMANO



# SEPULCROS DE TOREROS

La Muerte se envuelve en un perfil novelesco cuando surge en un ruedo taurino. La muerte sobre la arena o en la enfermería de una Plaza es una muerte excepcional, que añade dramatismo nuevo al dramatismo que la gran hora lleva consigo siempre. Por eso, la muerte de un torero va acompañada de versos de romance. La poesía popular se prende a la figura del lidiador caído trágicamente, y no a la del que se extingue como tantos otros en el tibio ambiente familiar, lejos de la pasión del ruedo.

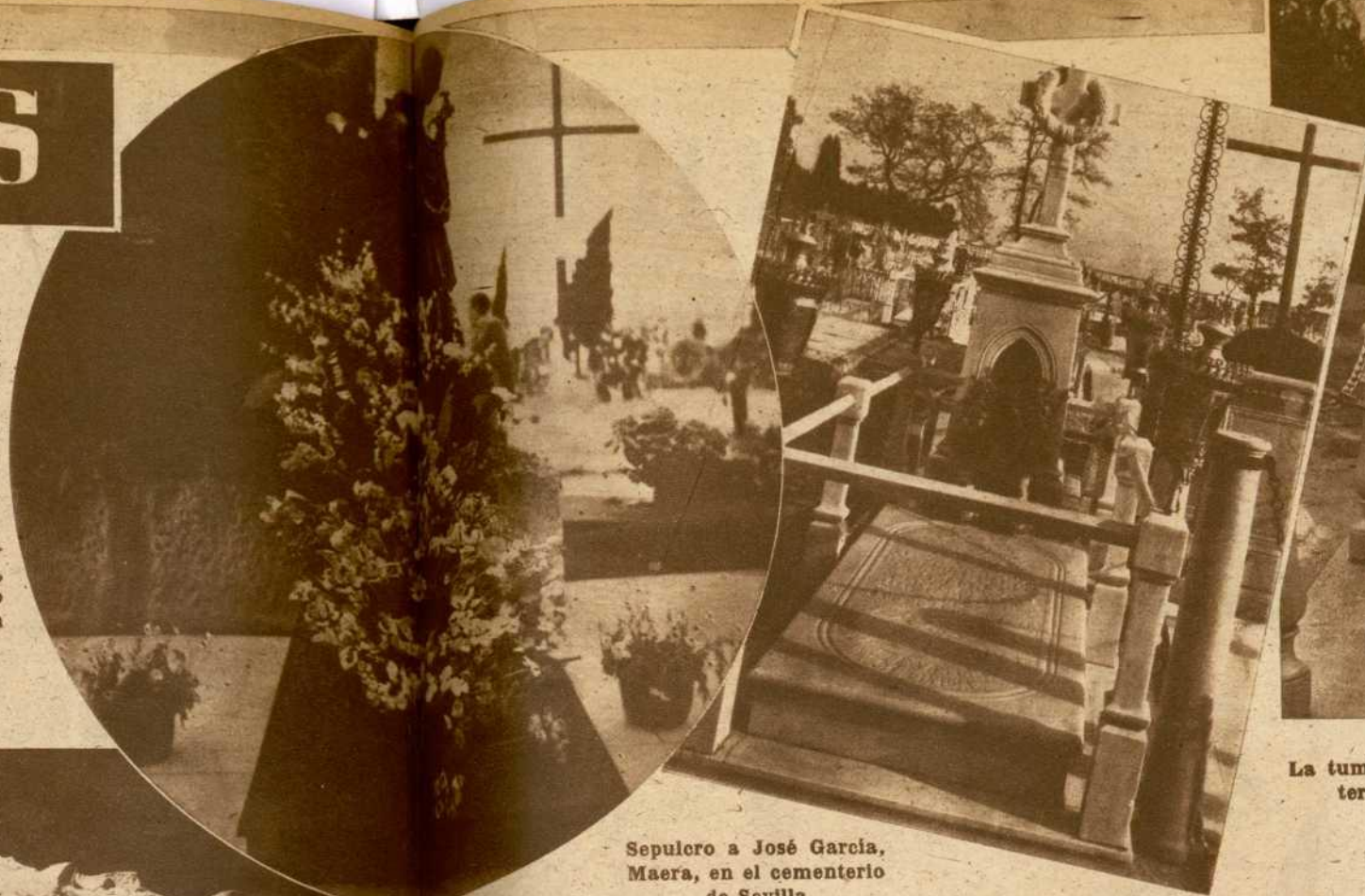
En estos días en que ascienden al cielo plegarias innumerables por el alma de los que volvieron a la madre tierra, los sepulcros de los toreros reciben también la ofrenda sentimental de familiares y amigos. Y hasta de gentes que no les conocieron sino en la Plaza, y aun que sólo tienen de ellos el recuerdo de un romance de luto.

de gloria y de sangre, como en el caso del Espartero. Es que sobre el espíritu de las gentes continúa operando aquel sentido de emoción novelesca que la muerte del torero tiene siempre. Al marchar de la vida, el diestro entró en el mundo de la leyenda, de tan vivas raíces siempre en el ánimo popular.

El Cementerio de San Fernando, en Sevilla, es, tradicionalmente, el cementerio de los toreros. Dejáis atrás, a vuestra espalda, la Macarena, el Hospital de las Cinco Llagas, el Instituto Anatómico. Queda a un lado, a la izquierda, la Venta de los Gatos, con el recuerdo de la leyenda becqueriana. En el cementerio ya se extiende una gran avenida central, a cuyo final abre sus brazos el Cristo abrazado por Susiilo. A uno y otro lado de la avenida, una

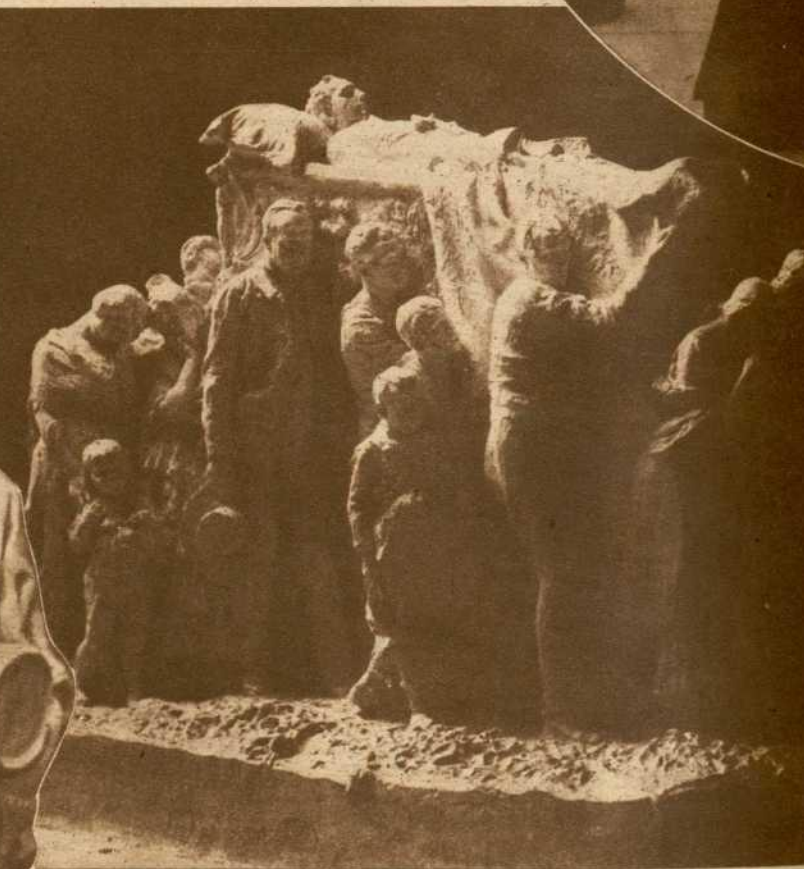
La sepultura de Ignacio Sánchez Mejías, en Sevilla

El monumento funerario de Joselito, en el cementerio sevillano de San Fernando



Sepulcro a José García, Maera, en el cementerio de Sevilla

La tumba de El Espartero, en Sevilla



magna escolta de cipreses. A la izquierda, cerca de la entrada, tres sepulcros de toreros famosos: el de Joselito, el de Ignacio Sánchez Mejías, el del Espartero. El de aquél es el divulgado mausoleo funeral de Mariano Benlliure. Hombres y mujeres, alma y carne del pueblo, bronceada gitanería, llevan a hombros el cadáver del torero que cayó en una Plaza castellana. Junto al mausoleo están las sepulturas de otros familiares. Entre ellas, la de Ignacio Sánchez Mejías.

Es una sepultura sobria, con aquella línea escueta y severa que acompañaba a la figura y al arte del lidiador. Sobre la gran piedra, una cruz y el nombre, simplemente. Una tarde del último mayo contemplé yo ambas sepulturas. Había sobre ellas coronas, rosas y claveles frescos todavía.

—Muchas personas vienen y dejan flores sobre esas dos tumbas —decía el guardián del cementerio—. Se ve que no son familiares — a éstos, a los que vienen con frecuencia, les conocemos ya —, sino amigos, acaso admiradores nada más.

A muy pocos metros, la tumba de otro torero, muerto también trágicamente: Manuel García, el Espartero. Sobre la losa funeral, una columna rota, partida en dos pedazos, y un capote. Aquella tarde de primavera en que yo visité el cementerio de San Fernando, unos claveles sangraban también sobre la sepultura. Difícilmente serían ya de algún contemporáneo del diestro: éste murió hace algo más de cincuenta años.

Pero es que el Espartero continúa viviendo en el romance, y el romance, en Sevilla, tiene siempre una magnífica vitalidad. ¿Qué desconocidas marcos femeninas depositaron sobre

Un detalle del mausoleo de Joselito, en el cementerio sevillano

la piedra aquellos claveles encarnados? Dispersos por otros lugares del cementerio están los sepulcros de otros toreros, como Antonio Montes, Maera, Gitanillo de Triana... Junto a unos nombres de leyenda, que apasionaron un día al corazón popular, se ven nombres de lidiadores oscuros, que cayeron sin brillo, tras una vida que no alcanzó la gloria. Todas estas sepulturas hablan del reverso del triunfo taurino, con oro alegre en una cara y sangre de tragedia en la otra.

Las piedras funerales con nombres que un día levantaron clamores en las Plazas de Toros hacen recordar aquella estrofa de Fernando Villalón:

*Giralda, madre de artistas,  
móldete de fundir toreros,  
dile al giraldillo tuyo  
que se vista un traje negro...*

En el cementerio de Valencia están los sepulcros de algunos toreros que fueron famosos y populares, como los hermanos Fabrilo y Manuel Granero. El de éste es un bello monumento funerario. El de los Fabrilo es una recargada sepultura, con alegorías taurinas como muletas, estoques, cabezas de toro.

Madrid guarda también los restos de algunos toreros populares. En la vieja Sacramental de San Lorenzo descansa Luis Mazzantini. En la Almudena, Miguel Freg, Nacional II, Saleri, Félix Almagro...

En la enorme extensión de nuestra Necrópolis, estos sepulcros se pierden entre los millares de tumbas. Les falta, así, aquella emoción que en el cementerio sevillano — más íntimo y silencioso, con más perfume de tiempo y de poesía — tienen las sepulturas de los otros toreros.

Ahora, cuando noviembre llega, la leyenda aviva las plegarias por el alma de los que cayeron en la arena de una Plaza.

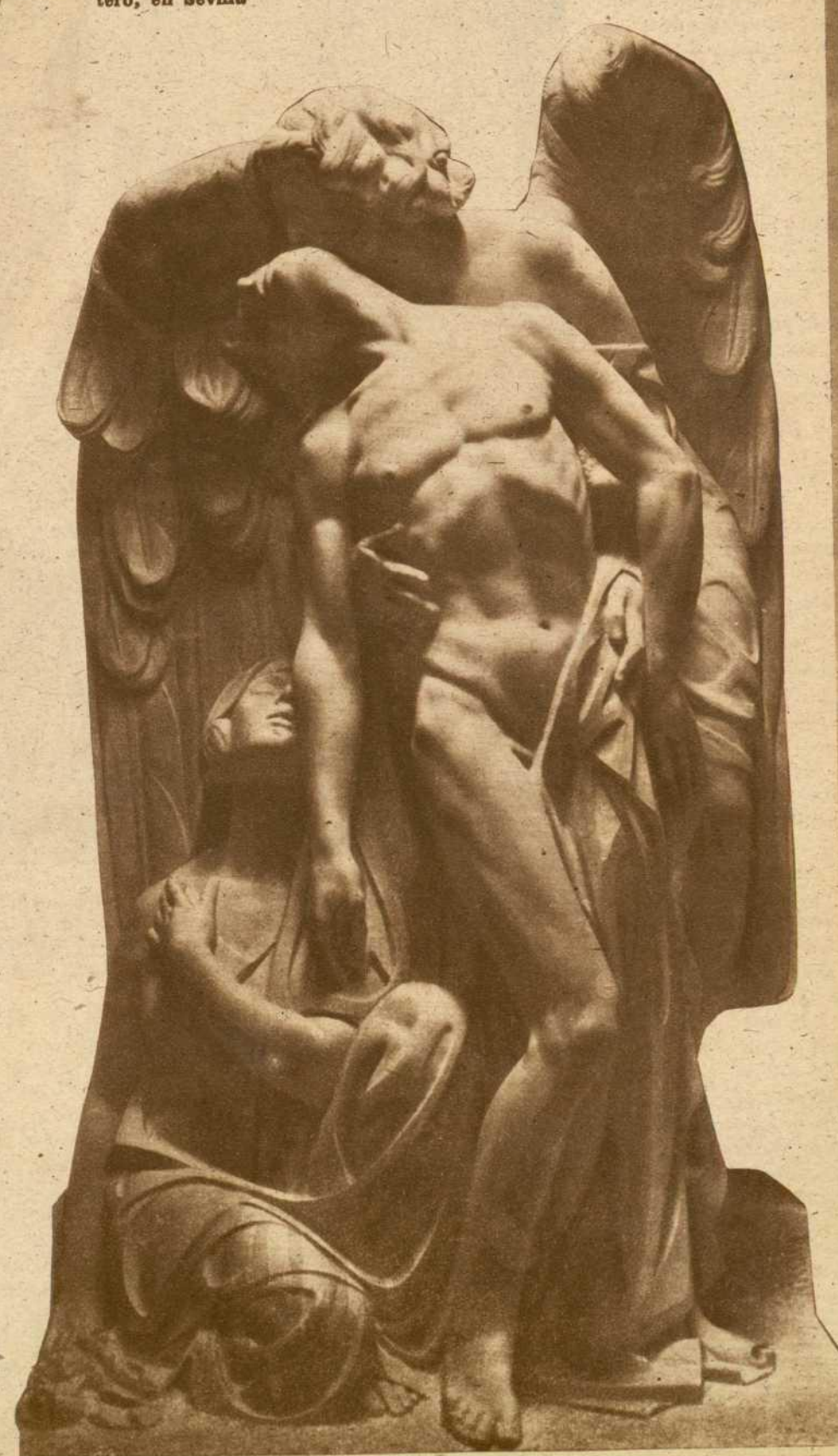
JOSE MONTERO ALONSO

(Fotos J. M. A. y Archivo)



Sepulcro de Nacional II, en el cementerio de la Almudena

Detalle del mausoleo a Granero, que se conserva en el cementerio de Valencia





# JUAN MARTIN, "LA SANTERA", no fué alumno de la Escuela de Tauromaquia

## Páginas de mi archivo

I  
SIN ánimo de censura para nadie, y sólo con el propósito de poner las cosas en su punto y rectificar un error, cometido sin duda con la mejor buena fe, quiero demostrar que Juan Martín, *La Santera*, no perteneció a la escuela de tauromaquia de Sevilla. Y lo hago con el fin de que ese extremo quede bien esclarecido, para que, en lo sucesivo, los que se ocupen de tan afamado diestro no incurran en la referida inexactitud. No me impulsa otro deseo que velar, en lo que de mí dependa, porque resplandezca la verdad en todos los relatos.

Procede la equivocación de la referencia que hace en sus *Anales del toro* el cronista hispalense Velázquez y Sánchez, tan verídico en otras narraciones y totalmente equivocado en la que se refiere a Juan Martín. Dice textualmente: "Veinte años contaba Juan Martín cuando el Gobierno estableció en Sevilla la Real Escuela de Tauromaquia preservadora, y al presentarse como alumno al señor Pedro Romero, el rival de Costillares, dándole siempre el dictado de *señorito*, le guardó consideraciones extraordinarias, mostrándole su deferencia en permitirle la muerte de los toros más que a los demás discípulos, habiendo día que le concedió despachar hasta cuatro."

Esta afirmación ha dado lugar a que, creyendo fuente autorizada la biografía trazada por el escritor sevillano Cossío y Sánchez de Neira, no hayan vacilado en utilizarla en sus libros. La responsabilidad no es de ellos, sino de quien, como Velázquez y Sánchez, que vivió muy próximo a la época en que funcionaba la escuela, puesto que escribió sus anales en 1875, habitó siempre en Sevilla y pudo documentarse bien para escribir con veracidad.

Todos los testimonios que poseo para desautorizar dicha versión son de autenticidad incontestable. La prueba más clara, sin dejar de serlo otras que dire y que tienen el mismo valor, es las listas de todos los alumnos que hicieron su aprendizaje, en las cuales no figura Juan Martín. Dichas relaciones, escritas de puño y letra del asistente de Sevilla, don José Manuel Arjona, juez protector del instituto taurómico, que guardo entre los papeles del conde de la



Don José Manuel Arjona, Intendente asistente de Sevilla, Juez protector de la Escuela de Tauromaquia, nombrado por Fernando VII

Estrella, son los siguientes, con los nombres y la dotación que tenían señalada:

Primera lista: "Primero, Franco. Montes, 2.000 rs.; segundo, Juan Pastor, 2.000; tercero, José Monge, 2.000; cuarto, José Rodríguez, 2.000; quinto, Juan Idem, 2.000; sexto, Franco. Rodríguez, 2.000; séptimo, Manl. Guzmán, 2.000; 14.000. Sevilla, 30 dice, de 1830.—Arjona."

La segunda dice así: "Primero, José Monge, con 2.000 rs. de Von.; segundo, Juan Pastor, con 2.000; tercero, Antonio Montañó, con 2.000; cuarto, Manuel Guzmán, con 2.000; quinto, Juan Manl. Majarón, con 2.000; sexto, Miguel Fernández, con 2.000; séptimo, Franco. Arjona, con 2.000; octavo, Juan Manzano, con 2.000; noveno (se destina para el enserrador) (1); décimo, José Velo, con 2.000.

(1) No sé lo que esto quiere decir.

Total, 20.000. Supernumerarios aspirantes: Primero, Franco. Jabier Caro; segundo, Manuel García; tercero, Antonio Parra; cuarto, José María Gomes. Sevilla, 1.º de dice. de 1831. Arjona."

Como se vé, Juan Martínez no está incluido; pero si esto no fuera bastante, conservo cartas de Pedro Romero y de Gerónimo José Cándido, que publicaré en otro artículo, en las que se habla del citado torero, precisamente para hacer constar que ni siquiera pretendió obtener plaza de alumno, por las razones que en dichas epístolas se mencionan.

La supuesta predilección por Juan Martín, que Velázquez señala a Pedro Romero, como ha sido creída, ha movido a algún escritor a consignar que excitó la envidia de muchos, porque corrió la voz entre la gente de coleta que el incomparable diestro rondeño, en sus apuros pecuniarios, era auxiliado por la bien repleta bolsa de Martín, cuyos padres eran ricos, y de ahí procedía el interés que mostraba por él.

No existieron tales envidias, porque Romero apenas conoció a Martín; pero para el caso de que hubieran sido ciertos y verídicos los móviles interesados del señor Pedro, José María Cossío, en su obra monumental,

rindiendo tributo a la justicia, los califica de calumnias. Y yo añado que Romero disfrutaba de un modesto pero decoroso bienestar, que le ponía al abrigo de perentorios apuros; mas en el caso que se hubiera visto muy necesitado, nunca habría consentido recibir dádivas de ninguno de sus discípulos. Su carácter austero, su intachable honradez y la dignidad que resplandeció en todos los actos de su larga vida, no se avenían con actos que pusieran en duda su extrema delicadeza.

Quiero repetir que con la enmienda del error padecido por Velázquez y Sánchez, no persigo el fin de agraviar a persona alguna.

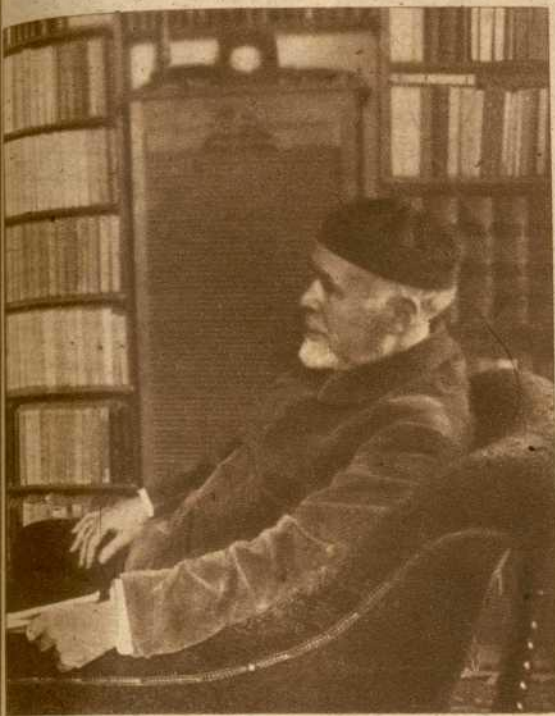
El papel de Aristarco nunca me ha gustado desempeñarlo. Solamente me limito a seguir la norma señalada por el gran filósofo griego, que antes que ser amigo de Platón prefería serlo de la verdad.

NATALIO RIVAS

De la Real Academia de la Historia.



# Un aficionado que ya no quiere ir a los toros



HEMOS ido a visitar a don Luis Ruiz Contreras. Alguien nos había dicho que don Luis vive solo; pero nos han engañado. Hay en su casa demasiados libros —él mismo se queja de que apenas puede andar sin pisar alguno— para que un escritor pueda considerarse solo. Libros y retratos... Y allí está, entre ellos, escribiendo muy atareado cuando llegamos.

—Interrumpo su labor para que hablemos de toros.

—No se preocupe. Hay tiempo para todo.

Sus ochenta y cuatro años le pesan tan poco, que habla del trabajo y lo realiza como si sobre sus hombros, aún no encorvados, llevara sólo la carga leve de los quince.

—Hablemos de su afición, don Luis.

—Hace mucho tiempo que no voy a los toros. Para mí, el toreo de ahora es una especie de baile, que en nada se parece a la lidia de otras épocas, cuando salían al ruedo aquellos toreros de Colmenar, tan enojados. Los toreros de entonces sí que demostraban valor al enfrentarse con aquellas fieras.

—¿Y por qué cree usted que los toros de ahora son más pequeños que los de entonces?

—Indudablemente, lo son. Y creo que en las ganaderías escogen para la lidia los toros más pequeños, porque los matadores de hoy no quieren habérselas con toros como los de entonces.

—Cuénteme usted algo de su época de aficionado.

—Es muy remota. Pertenece a los tiempos de Frascuelo y Lagartijo...

—Eso es sólo ayer...

—Casi antes de ayer... Seguramente no conocerá usted a nadie tan viejo como yo... Bueno; volvamos a los toros.

—Hablábamos de Frascuelo y de Lagartijo. ¿Cuándo los vio usted torear?

—Tendría yo quince o dieciséis años. El año debió de ser el 1878. Entonces vivía en Barcelona, y era amigo del hijo del empresario de la Plaza de Toros. Esto quiere decir que las primeras corridas que vi fué gratuitamente. De otro modo, tal vez hubiera tenido que malograrse mi afición... En aquel tiempo yo no manejaba dinero todavía.

—¿Qué le parecieron los primeros toreros que vio?

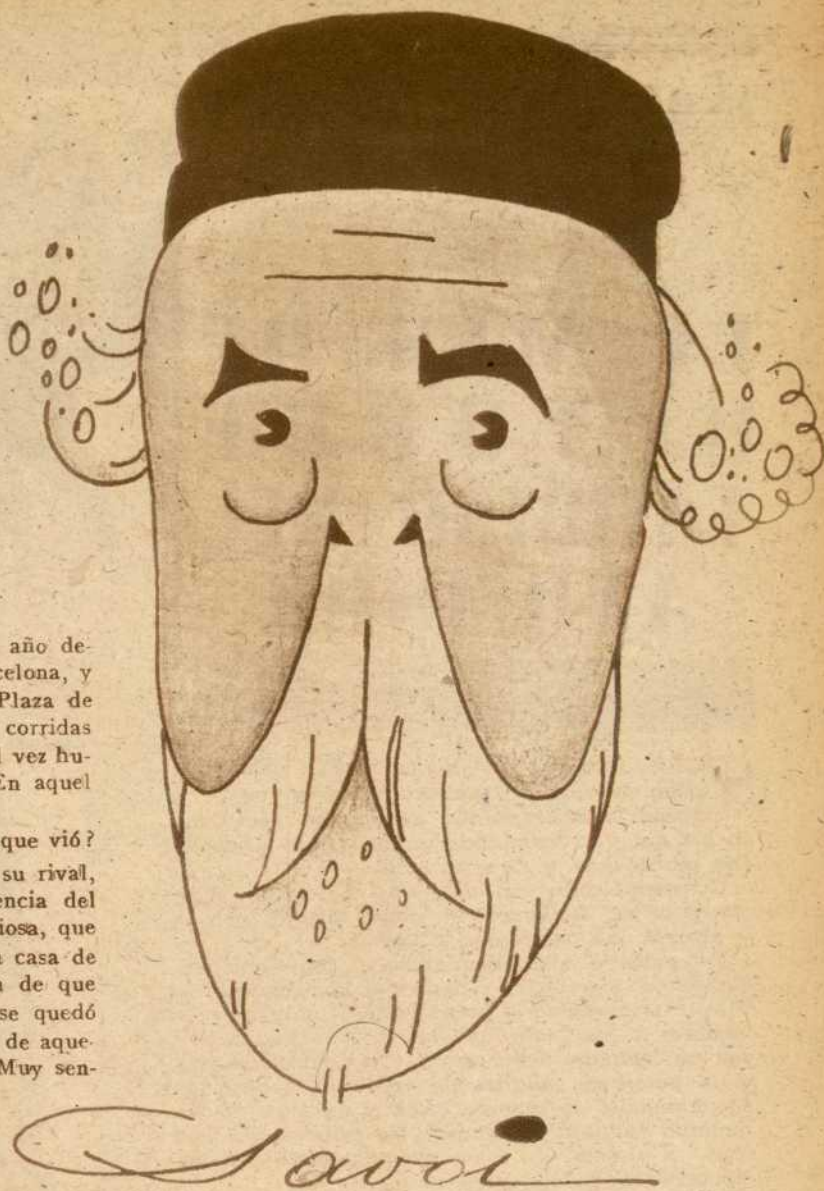
—Frascuelo me pareció muy valiente, y su rival, Lagartijo, el verdadero creador de la ciencia del toreo. De éste se cuenta una anécdota graciosa, que usted habrá oído ya: un día se presentó en casa de Lagartijo un aficionado, con la pretensión de que el famoso torero le diera lecciones. Este se quedó bastante asombrado al enterarse del motivo de aquella visita, y dijo al aficionado: «Torear... Muy sencillo. Se arrima uno al toro, y cuando el toro viene, o te apartas o te aparta el toro.» Estos dos grandes toreros tuvieron después sus seguidores. Entre los que vinieron más tarde se apreciaron las tendencias de las dos escuelas: unos, siguieron a Frascuelo; otros, a Lagartijo.

—¿Recuerda usted algo memorable visto en el ruedo?

—Varias cosas, todas de mis primeros tiempos de afición. Una de las que mejor recuerdo me han dejado es el debut de Mazzantini en Barcelona. Era muy buen torero. Fué el primero que sustituyó la chaquetilla corta por la de señorito. Tenía cierta distinción, que le diferenció pronto de los otros matadores. Esto le costó algunos altercados. Hubo quien le ridiculizó sus pretensiones, y eso él no lo toleraba. En realidad, sus orígenes no eran, ni mucho menos, aristocráticos: había sido empleado de Ferrocarriles; pero tenía distinción y aspiraciones... Otro de los toreros que me gustaban era el Espartero. El día de su muerte fué un día de luto en Madrid. No se hablaba de otra cosa. Claro que éste en nada se parecía a Mazzantini. En todo eran opuestos. Mazzantini era un guapo mozo, además de buen torero, y tuvo mucho partido entre las mujeres.

—Bueno; ahora debe usted explicarme por qué no le gustan los toreros actuales.

—En realidad, a los de la última hornada no los conozco... Mi afición está dividida en dos etapas. De la primera, ya le he hablado... Después, estuve treinta años sin ver una corrida, y volví a verlas en tiempos de Juan Belmonte y de Joselito. La di-



ferencia entre las primeras corridas que vi y éstas me desilusionó bastante. Ya todo había cambiado mucho. Como ya dije otras veces, los toreros de ahora no torear: bailan, y para ver bailar no es necesario ir a los toros: se va uno al teatro...

—¿Qué es lo que más le gusta de una corrida?

—La Plaza. Creo que es superior al ruedo. Su aspecto es verdaderamente impresionante. Y cuando suena la música y aparece en el ruedo la cuadrilla, desmerece —en comparación con el bullicioso panorama de la Plaza— aquel grupito de figuras, que parecen tan pequeñas y tan solas sobre la arena. Pasa al contrario que en el teatro, donde el interés radica en la escena mucho más que en la sala.

—¿Siente usted simpatía por el toro?

Relativa... Prefiero, naturalmente, que sea el quien sufra, a que sea el torero. El destino del toro, al fin y al cabo, es terminar en filetes, y nos lo comemos tranquilamente, mientras que todavía no nos hemos comido ningún torero. Un personaje de la lidia que me es simpático es el picador. Hace tiempo conocí a uno. Se llamaba algo muy bonito: Farnesio... Era de la cuadrilla de Joselito; un verdadero picador. Hoy es rico. Se hizo lechero, y ha hecho su fortuna.

—¿Piensa usted volver a los toros?

—No sé si volveré; pero me gustaría hacerlo, sólo por ver a ese encanto de muchacha que se llama Conchita Cintrón. Es bonito y gracioso que una mujer guapa se dedique a los toros. Porque las feas, ya se sabe, tienen que dedicarse a cualquier cosa. Pero el encanto del rejoneo aumenta si lo realiza una mujer, y además, guapa.

Y con este galante elogio a Conchita Cintrón, termina sus confidencias taurinas el ilustre escritor don Luis Ruiz Contreras, a quien esperamos ver algún día en la Plaza, otra vez ganado para la afición, por obra y gracia de una rejoneadora peruana.

## EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL

### Subasta de la Plaza de Toros de Málaga

En el "Boletín Oficial" de esta provincia, correspondiente al día 29 de septiembre último, se inserta el pliego de condiciones de la subasta para el arriendo de la Plaza de Toros de Málaga, por los años de 1947 a 1950, inclusivos.

Hasta las doce horas del día 13 de noviembre pueden presentarse las proposiciones para la misma. La apertura de pliegos se verificará el día siguiente, 14, a las doce horas, en el Salón de Actos de la Diputación Provincial.



## EVOCACIONES DE HACER MEDIO SIGLO

# EL MES DE OCTUBRE TAURINO DEL AÑO 1896

**S**ACAR a la luz del día las cosas viejas que están guardadas, produce gozo y pena al mismo tiempo, porque se avivan recuerdos en los que van mezcladas confusamente impresiones placenteras y desagradables.

Cincuenta años son más que suficientes para convertir las realidades en polvo, disipar glorias y aventar las penas que afligieron.

Volvamos a vivir, mentalmente, con estos renglones, la existencia consumida, haciéndonos la ilusión de prolongarla hacia atrás al unirnos a los hombres y las cosas que fueron y conocimos, y con un lenguaje llano, exento de efectos retóricos y de pomposos alardes de erudición, repasemos someramente, de manera clara y sintética, la actualidad taurina en el mes de octubre del año 1896, y ofrezcamos estas evocaciones a los aficionados del tiempo presente.

En la celebración de corridas de toros, Madrid no tenía entonces parigual con ninguna otra población española, porque el abono que la Empresa madrileña abría, para determinado número de funciones, constituían un largo ciclo de espectáculos de primer orden, cuyos carteles únicamente se repetían en las grandes ferias.

Los matadores de primera fila eran Mazzantini, Guerrita y Reverte; al borde de ella estaban Antonio Fuentes y Bombita (Emilio) —todavía no era conocido su hermano Ricardo—; en la segunda figuraban Torerito, Lagartijillo, Minuto, Bonarillo, Faico, Conejito, Algabeño y Villita, y en la tercera aparecían Fabrilo, Ecijano, Jarana, el Boto, Pepete II, Quinto, Litri y Lesaca. Los restantes, hasta treinta, formaban el montón. En cambio hoy, entre españoles y americanos, suman unos ochenta los que están en ejercicio.

Compartían el decanato en 1896 Juan Ruiz, Lagartija, y Fernando Gómez, el Gallo, y uno y otro dejaron de torear en tal temporada; el primero, por quedar inválido, y el segundo, por retirarse voluntariamente.

Si los diestros de alternativa eran bastante menos que los de hoy, igual ocurría con los novilleros, en cuyas filas eran éstos los que más destacaban: Gorete, Pepe-Hillo, Carrillo, Gavira, Potoco, Maera, Jerezano, Parrao, Palomar, Cervera, Bebe-Chico, Padilla, Dominguín (el primitivo, o sea, Domingo del Campo) y Guerrerito.

¿Que no se celebraban tantos espectáculos como hoy? Evidentemente. Ni se efectuaban tantos festejos, ni se trasladaban a América los diestros de algún relieve durante los meses invernales, sino los que, sin ambiente aquí, buscaban allá un lenitivo a su fracaso o las facilidades que no encontraban en la Península para adiestrarse y abrirse camino, y el viaje de Mazzantini y Villita a Méjico, un año después, fué una excepción de la regla. Por allí andaban, hace cincuenta años, el Marinero, el Boto, Quinto (éste habría de elevarse dos o tres años después), Canaleño, Colorín, Silverio Chico, el Niño del Guarda y otros, revueltos los novilleros con los doctores, pues éstos no eran orgullosos y, al situarse en aquellas tierras, alternaban con los diestros más indocumentados.

No, no había entonces matadores mejicanos, pues el único con alternativa, Ponciano Díaz, había dejado de torear y desarrollaba sus actividades como empresario de algunas Plazas de su país.

Incompletas eran las noticias que de éste solían llegar, y como a la sazón eran desconocidos los resortes de la propaganda, o eran inoperantes,



Cogida de Lesaca, en Guadalajara



Fernando Gómez,  
El Gallo



Antonio  
Fuentes

apenas se enteraban los aficionados españoles de las andanzas de tales diestros en aquellas remotas tierras. Por no existir en aquel tiempo la publicidad, hasta en los toreros de más renombre caía durante el invierno la ceniza del olvido, una omisión casi absoluta de sus nombres en las referencias periodísticas, las cuales circunscribíanse a los semanarios profesionales, porque los diarios se limitaban a publicar las informaciones de los espectáculos celebrados. Es decir, que Mazzantini, Guerrita y Reverte terminaban la temporada en octubre y no se asomaban a las columnas de la Prensa hasta que empezaba el curso taurino del año siguiente.

Así, pues, las reputaciones se ganaban en aquel tiempo exclusivamente delante del toro, de donde se saca en consecuencia que eran «químicamente puras».

En dicho mes de octubre del año 1896 fué la Plaza de Madrid palenque de cuatro corridas de toros, efectuadas en los días 4, 11, 18 y 25; la segunda, extraordinaria, y las otras, los números 15, 16 y 17 del abono. Véanse los carteles: el 4, Bonarillo, Bombita y Villita, con toros de Pérez de la Concha; el 11, Bonarillo, Litri y Villita, con reses de López Navarro; el 18, Mazzantini, Reverte y

Bombita, con ganado de Veraqua, y el 25, Bombita, Algabeño y Villita, con astados también de Pérez de la Concha.

En la del día 11, por resultar heridos Bonarillo y Litri, hubo de matar Villita tres toros, y no mató cuatro porque el último salió a la Plaza cuando ya era de noche y fué devuelto al corral sin terminarse su lidia.

Mediana impresión, tirando a mala, dejaron las corridas del Pilar, pues la Empresa, buscando economías, adquirió ganado de poco precio, y resultó muy deficiente. Fueron cuatro, y se celebraron con sujeción al siguiente programa: día 13, Guerrita y Villita, con toros de Carriquiri (entonces del conde de Espoz y Mina); día 14, Guerrita y Fuentes, con bureles de Cámara; día 15, Guerrita y Reverte, con reses de don Teodoro Valle, y día 18, Guerrita, Fuentes y Villita, con bichos de Adalid. Además, el 25 hubo una novillada con cuatro reses de Carriquiri y dos de la Viuda de Gota, y los espadas Dominguín y Guerrerito. Como puede verse, Guerrita fué la base del cartel, cuyo célebre diestro actuó las cuatro tardes.

En Soria, el día 4, porque Mazzantini y Bonarillo dieron muerte de seis estoconazos a otros tantos toros de Ripamilán —una ganadería aragonesa, de Ejea de los Caballeros—, echaron la casa por la ventana. ¡Oh, el prestigio de la estocada in illo tempore!

El día 11 vieron en Barcelona una corrida lucidísima, con Guerrita y Bombita, y toros de Cámara, y el mismo día, en Nimes, entusiasmaron Reverte y Algabeño a los franceses al contender con seis astados de Benjumea.

El viejo Gallo (Fernando Gómez y García) toreó la última corrida de su vida al despedirse, en Barcelona, el día 25. Dió muerte a un toro de Veraqua, llamado Regalón, y corrido en primer lugar, y luego, Guerrita, Minuto y Fuentes estoquearon seis de otras tantas ganaderías, regalados por sus dueños, merced a la influencia del repetido Rafael Guerra, pontífice máximo de la torería en aquel tiempo.

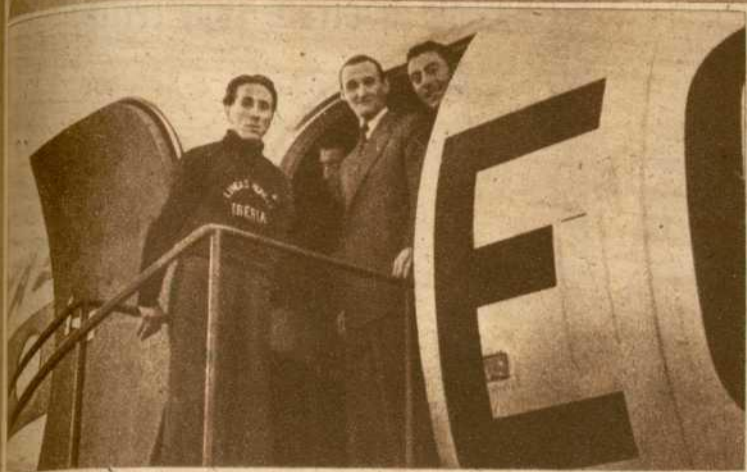
Dos víctimas del toro, dos tragedias, hubo en dicho mes de octubre: el día 4, en Nimes, fué cogido, y falleció tres días después, de una cornada en la región perineal, el novillero Manuel Comecha (Espartero de Valencia), y el día 15, en Guadalajara (Bombita y Lesaca —éste en sustitución de Lagartijillo— y toros de Ripamilán), el segundo de la tarde, llamado Cachurro, cogió a dicho Juan Gómez de Lesaca, durante el primer tercio, y le infirió tan tremenda cornada en la parte superior del muslo derecho, que al ser trasladado, imprudentemente, aquella misma noche a Madrid, falleció en el momento de llegar la camilla a un hotel de la calle de Carretas.

Dicho Lesaca era sevillano y había tomado la alternativa el año anterior, de manos de Guerrita, en la última corrida de la feria de abril de su ciudad nativa.

No da más de sí la ojeada retrospectiva que hemos echado al mes de octubre del año 1896.



La corrida de Lima constituyó un fracaso. -- Triunfo de Paquito Muñoz en Barcelona. -- Andaluz, Cañitas, El Choni y El Vito, en franca curación. -- En Murcia afirman que se retiran Ortega y Manolete. -- El estoque de Plata de Méjico, para Tacho Campos



La última fotografía de diestro argentino Raúl Robira, momentos antes de despegar de Barajas el avión que le lleva a Buenos Aires (Fot. Cano)

ANDRES GAGO, apoderado de Carlos Arruza, marchará en el mes de diciembre a Caracas y Bogotá, donde organizará cuatro o cinco corridas, en las que actuarán Niño de la Palma (padre e hijo), el rejoneador Simao da Veiga y varios diestros mejicanos.

En el Sanatorio de Toreros continúan hospitalizados Cañitas, El Choni y el picador Molina. Felizmente los tres se encuentran muy mejorados de sus heridas, y en breve serán dados de alta.

Procedente de Jaén llegó a Sevilla el diestro Julio Pérez Vito, que se encuentra muy mejorado de la grave cogida que sufrió en la primera de feria de Jaén. El estado del diestro sevillano es satisfactorio.

El periódico de Murcia «Línea» publica en su sección taurina una información en la que dice que los diestros Ortega y Manolete se retirarán posiblemente del toreo a su regreso de América.

El diestro de Borox quiere despedirse volviendo otra vez a América, y en cuanto a Manolete, se dice que quiere vivir en Córdoba en compañía de su madre. Claro que antes el cordobés habrá contraído matrimonio.

Se encuentra en Madrid pasando unos días el popular matador de toros Manuel Alvarez (Andaluz), totalmente restablecido de la grave cogida que sufrió el 12 de septiembre en Zamora.

En la próxima temporada, el que fué matador de toros sevillano Rayito apoderará a Pepín Martín Vázquez.

Las cuadrillas de los matadores españoles Gitanillo de Triana, Manolo Escudero, Morenito de Talavera y El Choni, que actuarán en Méjico, estarán formadas por el picador Barrerita y el banderillero Sevillano, Paco Díaz y Bellido, Higuera y Antofiete Iglesias, y con el último van Barrera (padre) y Grase.

— El pasado domingo, y a beneficio de la Mutua de Previsión de los Toreros Cómicos, se celebró un festival artístico en el Cinema Bilbao, de Madrid.

— El pasado día 27 se celebró en Las Arenas, de Barcelona, una novillada, en la que se lidiaron dos toros de Sánchez Tabernero, dos de Clairac y otros dos de Albarrán. Componían la terna de matadores Pedro Robredo, Manolo Navarro y Paquito Muñoz.

Los dos primeros tuvieron una buena actuación y escucharon grandes aplausos, dando la vuelta al ruedo. El triunfador de la tarde fué Paquito Muñoz, que cortó las orejas y el rabo de su sése celebró en Andújar una gundo, siendo sacado en hombros.

— Con ganado de Millán novillada económica en la que actuaron Roldán, Pepe - Hillo y Manuel Carmona. Los tres escucharon aplausos.

— En Bilbao, con seis de Encinas, se las entendieron los diestros locales Sevillanito, Chatillo y Obico de Vista Alegre. Los dos últimos cortaron orejas.

— Noticias de Méjico anuncian la llegada de Manolete a la capital mejicana para el día 4 de diciembre. Se presentará el día 24, y de momento se desconocen los nombres de los matadores que alternarán con el cordobés la tarde de su presentación.

— En la novillada celebrada el día 27 en Méjico actuaron las máximas figuras de la novillería mejicana. Los diestros fueron Luis Barajas, Tacho Campos, Luis Briones, Ramón López, Jorge Medina y José Rodríguez, que lidiaron cinco novillos de Matancillas y uno de Piedras Negras. En esta novillada se regalaba al mejor matador un magnífico estoque de plata. Tacho Campos, que fué el único matador que dió la vuelta al ruedo, se adjudicó el preciado regalo.

— En Lima se celebró el pasado domingo una corrida extraordinaria. Con cinco toros de la ganadería de Huando (Perú), que hacía su presentación, y con uno de La Punta, alternaron Armillita, Domingo Ortega y Manolete.

La expectación por esta corrida era enorme, y fueron muchos los aficionados del Ecuador, Colombia y Venezuela que se desplazaron a Lima. Por las localidades se llegaron a pagar precios exorbitantes.

La corrida, por culpa del ganado, resultó un fracaso. Los toros de Huando fueron mansos, difíciles y peligrosos. Los tres matadores estuvieron voluntariosos. Fermín Espinosa escuchó un aviso en su segundo. Domingo Ortega demostró su maestría y su



El Andaluz, convalciente de su grave herida, está en Madrid. Esta fotografía, en la que le acompañan Gitanillo y Aguado de Castro, fué obtenida a raíz del grave percance (Fot. Baldomero)



Simao da Veiga, el caballero portugués que va a hacer una excursión por las Plazas americanas

Tacho Campos, a quien se adjudicó el estoque de plata con que se premiaba la mejor actuación en la novillada celebrada en la Plaza de Méjico el pasado día 27



dominio. En su primero, en el que estuvo cerca y valiente, escuchó una gran ovación. En su segundo, el diestro de Borox hizo una faena de dominio.

Manolete, en su primero estuvo voluntarioso y valiente. En el que cerró Plaza, el cordobés — cuando nadie lo esperaba, por las difíciles condiciones del toro — estuvo muy bien y toreó magníficamente en una serie de pases. El público le aplaudió con entusiasmo.

La faena de Domingo Ortega a su primero y la de Manolete al último fueron lo único destacable en esta corrida extraordinaria, de la que se llegó a decir que en la misma actuaban los «tres mejores matadores del mundo».

— En la primera quincena de noviembre se celebrará en Barcelona un festival taurino a beneficio de la Cofradía de los Toreros. Actuarán el duque de Pínohermoso, Luis Miguel Dominguín, Juanito Bienvenida y otros toreros.

— Los picadores y banderilleros valencianos se han ofrecido a la Diputación Provincial por si la Corporación quiere organizar algún festejo para recaudar fondos con destino a los gastos que ocasionen las obras de reparación del coso valenciano.

**BLENOCOL**

Protege al hombre

BLENOCOL es un producto registrado; rechace todo profiláctico que no lleve la marca BLENOCOL









# PENA DE JUAN Y JOSÉ

¿Quién inventará la copla  
que eche al aire aquel recuerdo?  
¿Quién la cantará una noche  
en voz baja, como un rezo,  
para que se clave entera  
en el alma de un "flamenco"?  
¿Qué mano dejará el "chato"  
cuando le tiemblan los dedos?  
¿Qué mujer se pondrá triste?  
¿Qué hombre se sentirá viejo?  
Y... ¿quién abrirá la jaula  
de los pájaros del sueño?...

Tarde de toros y sol;  
parece que la estoy viendo:  
en el tendido, los ojos  
a la juventud abiertos,  
y el redondel, lo mismo  
que dos estatuas de fuego:  
¡Joselito y Juan Belmonte  
con seis de Pablo Romero!

El uno... Príncipe triste,  
sin motivo y sin remedio,  
con los ojos siempre ausentes,  
como los ojos de un ciego,  
y con la boca esperando  
la flor del último beso...

El otro... manchón de carne  
sobre la arena del ruedo...  
mentón de Borbón del toro,  
Rey absoluto de un reino  
que historian tres estocadas  
y cinco caballos muertos...

(Para asistir a la fiesta  
vino un aire marismeño...  
¡Se escucha por los tendidos  
la profecía del viento!):  
—"Tú, Juan, serás millonario  
de glorias y de abolengos;  
tendrás tres cortijos blancos,  
diez jacas y cien utreros,  
y... después de serlo todo,  
te sentirás tan pequeño  
que quisieras empezar  
por los caminos del tiempo."

—"Tú, José, tendrás la muerte  
que sueña siempre un torero:  
en las astas de una hora  
suelta en la plaza de un pueblo;  
sin sol triunfal de gentío,  
sin palmas y sin sombreros...  
Una muerte en primavera,  
como la flor de un almendro."

—"Tú, Juan, volverás al toro,  
y tú, José, no has de verlo;  
porque buscarás sin rumbo,  
entre luceros despiertos,  
toros de luna y de sombra,  
con fiebre de novillero.  
¡Cómo va a dolerte, Juan,  
salir solo hasta los medios!"



—"Tú, José, tendrás el goce  
de morir y ser eterno"...

—"Tú, Juan, beberás el vino  
que beben los caballeros...  
Pero tendréis igual pena,  
uno vivo y otro muerto;  
uno... por lo que no hizo;  
el otro, por lo que ha hecho;  
en José será un... "podía",  
en Juan será un... "ya no puedo".

La golondrina del cante  
va atravesando el silencio...  
—"Si algún día quedo ciego,  
nada me queda que ver..."

¡Yo vi aquel tercio de quités  
que hicieron Juan y José!  
¿Por qué en el fondo del "chato"  
me queda siempre un recuerdo?...

EL TUYO, tarde de toros;  
silenciosa como un templo,  
bonita como un piropo,  
musical igual que un verso...  
que fuentes en el desierto:  
En el tendido, la vida  
con algunos años menos;  
y en el redondel, lo mismo  
¡Joselito y Juan Belmonte  
con seis de Pablo Romero!

MANUEL M. REMIS



El maestro **TURINA** dice que las Plazas de Toros son muy incómodas

## MIENTRAS LE TRAZO SU PERFIL...

Y afirma que los compositores sinfónicos no tienen afición al tema taurino, y que éste se debe desarrollar musicalmente en el cine

Nos encontramos casualmente con el maestro Turina, y, no sabemos por qué, hemos empezado a hablar de toreros.

—Yo voy muy poco a las corridas.

—¿Por qué? Según tengo entendido, es usted un gran aficionado.

—Sí, señor. Pero no voy a casi ninguna porque las Plazas de Toros son muy incómodas.

Y sin dejarnos preguntar la causa de esta incomodidad, don Joaquín Turina nos da las respuestas:

—Casi todas tienen los escalones de los tendidos demasiado altos, y, por tanto, muy propicios para romperse una pierna. Ir a una Plaza de Toros es ir a hacer equilibrios hasta encontrar el asiento correspondiente a la localidad de uno.

El rostro de don Joaquín se ha ensombrecido, sin duda porque la conversación le ha traído el recuerdo de algún amargo momento vivido por culpa de la incomodidad citada. Para hacerle más amable el conversar, llevamos el diálogo hacia temas musicales.

—¿Ha influido mucho el tema taurino en los compositores?

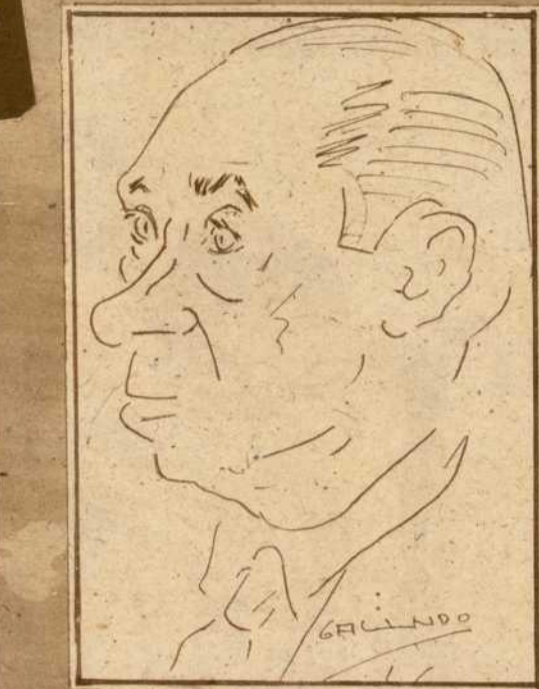
—En los sinfónicos, muy poco. Por lo visto, para ellos no tiene atracción. Es posible que sea yo el que ha tratado ese tema. Comencé con una *suite*, compuesta en 1911 y titulada *Rincones sevillanos*, uno de cuyos tiempos estaba inspirado en un tema aturino.

—La *oración del torero*, ¿cuándo la compuso usted?

—En 1926. La hice para un cuarteto de laúdes, el cuarteto Aguilar, que luego se disolvió en América. Entonces compuse una versión para cuarteto de cuerda, y esta versión sirvió después para hacer otra, para orquesta de cuerda, que es la que actualmente se interpreta.

Todo esto nos lo ha dicho el maestro en el ascensor de su domicilio, ya que en el momento de hacerle la última pregunta entrábamos en el camarín. Una pausa ha seguido a nuestra salida del ascensor y a nuestra entrada en el domicilio del ilustre músico. En una radio lejana se oía un pasodoble torero.

—Albéniz debe de tener alguna composición de tema taurino —nos dice después don Joaquín—, y en Falla, desde luego, no hay nada torero. En *Goyescas*, de Granados, se nota una pequeña in-



fluencia. La gracia y la tragedia de los toros palpitan en algunas tonadillas.

—¿A qué atribuye usted este desvío de los compositores hacia el tema taurino?

—No se lo puedo a usted decir. Lo único que sé es que es un tema casi inédito en lo que a la música sinfónica se refiere. Y hay infinidad de motivos para hacer una obra de envergadura...

Y el maestro Turina comienza a enumerar algunos:

—La muerte de Gallito, la tragedia que hay en todo lo torero...

Un hondo silencio ha segui-

do a sus palabras. Lo aprovechamos para echar una mirada en nuestro alrededor.

—Claro que le estoy a usted hablando —prosigue don Joaquín— del género sinfónico, porque en otros géneros se ha tomado frecuentemente como motivo de inspiración no solamente en España, sino también en el Extranjero.

—¿En el Extranjero también?

—Ahí tiene usted, sin ir más lejos, la *Carmen*, de Bizet.

—El *Bolero*, de Ravel, ¿no cree usted que tenga influencia taurina?

—No, señor —contesta rápido el maestro—. Además, el *Bolero*, de Ravel, no es un bolero. Es un fandango. Lo que ocurre es que tanto el fandango como el bolero tienen la misma rítmica; pero todas las características del de Ravel entran más dentro del orden del fandango. Desde luego, en Ravel hay mucha influencia española... Como era francés del Mediodía...

Tiramos de lápiz y comenzamos a trazar el perfil del maestro en una cuartilla. Turina, en tanto, prosigue hablando:

—En el género chico y en la zarzuela se han hecho cosas muy bonitas sobre temas de toros. Barbieri y Chapí han escrito páginas de una gran jugosidad.

—¿Y en el cine?

—El tema de los toros se puede realizar musicalmente en el cine quizá mejor que en ningún otro sitio. Porque la música para las películas debe aspirar no a ser un elemento secundario de la acción, sino a atraer y preparar al espectador para que comprenda mejor una situación o una escena.

Y el maestro Turina nos habla a continuación de una película en la que se dijo que iba a trabajar Manolete y de un guión de Fernán de tipo ganadero, y para el que el ilustre compositor guarda palabras de gran elogio.

FEDERICO GALINDO



Barbieri



Chapí



Ravel

## NUESTRA PORTADA

Como ya anunciamos, EL RUEDO se complace hoy en incorporar al grupo de sus colaboradores a un artista nuevo, aunque tal vez no lo sea para sus habituales lectores en otra suerte de actividades. Quinto Caldentey fué, otro tiempo, becerrista precoz y famoso novillero enterado y matador de toros, en un período lleno de azares que un puñado de toreros españoles atravesó en Francia en los principios de la guerra española. Las últimas corridas las toreó Quinto vistiendo el uniforme de la Legión. Y en su larga experiencia taurina acreditó siempre un conocimiento pleno de todas las suertes. Ahora Quinto es crítico taurino y dibujante de nuestro colega *Baleares*, de Palma de Mallorca. Como pintor de toros, Quinto se ha destacado pronto por la lógica irreprochabilidad de sus interpretaciones; pero, sobre todo, por la movilidad y la armonía que imprime a sus figuras, con trazos simples, rápidos y seguros. Ejemplo de ello es la portada con que hoy se abre EL RUEDO, y algunas otras que iremos publicando.

VALDESPIÑO JEREZ



El primer libro sobre toreo que tuve en mis manos, era yo un chiquillo, fué «La Tauromaquia», de Pepe-Illó, que se publicó en el año 1796, precisamente en Cádiz. Este año se cumple siglo y medio. Después conocí la de Francisco Montes. Y tras ésta leí el «Tratado», cuya dirección corrió a cargo de Rafael Guerra. Unánimemente se ha reconocido que en tantas páginas impera más la buena intención que el elogiable acierto; pero, ¿acaso ello no es consecuencia lógica del vano anhelo de querer encerrar en reglas inmutables, fijas, claras, y de evidente demostración, algo, como el toreo, que es inconstante, auto-didáctico, y, en línea recta a cualquier otro arte, expresión de un esfuerzo por crear belleza?

Alguien dirá que en todo arte hay unos principios... el oficio, la técnica..., a los que hay que servir. Sí. Pero en nuestra fiesta nacional eso será cosa del toro. Nunca del torero, que es un creador, es decir, un artista completo. De aquí lo formidablemente magnífico del toreo. Porque mediante procedimientos personalísimos, trata el torero —el artista— de sugerir a los demás sus percepciones y emociones —poema de valentía—, ante el toro.

Claro que las suertes se repiten con cánones que parecen fijos; mas, ¿podría señalarse como perfectas las que se realizasen dentro de unas exactas reglas? Esto querría decir que la afición tendría, entonces, un credo al que recurrir en sus dudas, y en la interpretación habría un punto de origen para la controversia. Y esto todos sabemos que no es así, que no puede ser así.

¿Y qué fuerza y salero tiene esto de que no pueda ser así! Pues en ello estriba el señorío estético del torero.

Pero vamos al libro de Pepe-Illó, «La Tauromaquia», o «Arte de torear». Que yo sepa, posee aquí en Madrid un ejemplar el tan merecidamente respetable don Natalio Rivas, que lo recibió del duque de San Pedro de Galatino, y otro también, el no menos respetable, por merecimientos anda-



Pepe-Illó

## AI SIGLO y MEDIO de "LA TAUROMAQUIA," DE PEPE-ILLO

luces y taurófilos, señor conde de Colombí. El de este señor conde lo tengo delante al escribir ahora... Y de su portada transcribo: «Obra utilísima para los toreros de profesión, para los aficionados y toda clase de sujetos que gustan de toros. Con licencia: en Cádiz, por D. Manuel Ximénez Carreño, calle Ancha, año de 1796.»

En seguida viene una página con el dibujo de Pepe-Illó, que reproducimos: el reloj en una mano, el estoque en otra y el toro muerto a sus pies. Esta estampa «Alcántara, la dibujó», se indica en el libro, y «Bosque, la grabó. Cádiz». Su texto consta de cuarenta y cinco páginas, y desde la cuarenta y seis hasta la página cincuenta y ocho, aparece un «Alfabeto de las voces y expresiones de la Tauromaquia». Después, el índice.

En su preámbulo al lector se lee: «... que no obstante de estar en un siglo tan fino, que se escribe hasta de las castañuelas, no ha habido uno siquiera que hable del toreo (por ello afirma Pepe-Illó), me ha empeñado aún más en ser el primero que salga a lucir sus pensamientos e ideas tauromáticas, fundadas en la sabia experiencia, que es la madre legítima de sus conocimientos...»

Antes de continuar, consignemos aquí nuestra mejor gratitud al conde de Colombí por habernos dado, otra vez, la grata ocasión de tener esta edición príncipe en nuestras manos.

Desde luego, el libro no lo escribió José Delgado, alias Illo. ¿Cómo iba a escribirlo? Para los que gustan conocer la vida de las figuras más sobresalientes de nuestra torería, no será secreto que ni sabía apenas firmar. Así, que la forma y la confección, diríamos el cuerpo del libro, y la interpretación de cuanto creyó conveniente convertir en teoría, sacándolo de la propia experiencia y arte de Pepe-Illó, como se afirma, se debe a un

íntimo amigo del torero: don José de la Tijera. Docta pluma. Escritor que gustaba seguir sus faenas, compararlas, anotarlas... Después escribió un curiosísimo tratadillo sobre fiestas de toros.

Durante muchos años, este «Arte de torear» tuvo atención y ayo para la consulta. Hubo una época —antes de salir la obra de Montes— en que llegó a decidir. Ya se sabe que el toreo siempre ha tenido un solo aire. Más a su unidad pusieron matices las aficiones, las tendencias, el clima, la proximidad a las toradas... Hoy, las evoluciones porque han pasado muchas suertes parece, sin embargo, haber cuajado una forma de torear, la moderna, que se diría definitiva. Más lo que de esto se desprende, es que el torero es un artista en permanente gestación de formas y estilos, capaz de infringir lo que puede considerar todo perfecto aficionado como cánones del arte, para superarlos o estilizarlos a su modo.

Ahora bien; lo indudable es que este libro, como los sucesivos, surgen en unos momentos en que los toreros destacaban sus personalidades vigorosas, llevando el toreo a terrenos hasta entonces insospechados, y si hasta ellos lo único que imperaba en las Plazas era la característica personal, desordenadamente, desde que Pepe-Illó, con Costillares y Cúchares, embellecieron el encuentro del toro y el torero, y hasta transformaron la indumentaria, supliendo el calzón y el colete por la chaquetilla y la faja de colores, floreció al mismo tiempo también la disciplina.

Por esto, por recoger y ordenar lo que siempre había sido desorden y anarquía, el «Arte de torear», de Pepe-Illó, libro en el que se consignan multitud de reglas para torear a pie y a caballo, se calificó como completo entre los que en su género se han publicado.

De este «Arte de torear», después se hizo otra edición en Madrid, el año 1804, que refundió totalmente el contenido de la primitiva gaditana. Esta es más conocida, porque ya aparece dividido el texto en capítulos, más ordenada la redacción y mejor expuesto todo el cuerpo de doctrina.



Este retrato de Pepe-Illó aparecía en la edición príncipe de «La Tauromaquia», de 1796, hecha en Cádiz



El célebre cuadro de Lucas, en que se recuerda a Pepe-Illó el día de su cogida



## ESCRITORES TAURINOS

# Leopoldo Vázquez y Rodríguez

Fué redactor y director de varias revistas taurinas y autor de gran número de obras sobre tauromaquia

Ejerció el periodismo durante más de cuarenta años y escribió para el teatro, en el que obtuvo lisonjeros éxitos

**S**IEMPRE que se hable de archivos taurómicos, es necesario mencionar, como uno de los mejores y más copiosos, el que, debido a su perseverancia sin ejemplo, llegó a poseer Leopoldo Vázquez y Rodríguez, decano de los revisteros madrileños de principios del actual siglo.

Si esta figura de las letras taurinas, a quien traigo hoy a las páginas de EL RUEDO, no alcanzó la popularidad que otros escritores que le precedieron o sucedieron, hay que atribuirlo, única y exclusivamente, a su exagerada modestia, puesto que en su larga vida de revistero mostró siempre una especial preferencia por los trabajos anónimos.

Periodista de vocación, Leopoldo Vázquez empezó a escribir siendo muy joven, y en esta tarea permaneció durante más de cuarenta años, realizando, no sólo en la Prensa diaria, como redactor de "La España", "El Constitucional", "El Diario Español" y "El Correo Español", sino en la profesional, una meritísima y nunca bien apreciada labor.

Sus reseñas, despojadas de galas y alardes de ingenio, eran sobrias, ajustadas al asunto de que trataban y reveladoras de su gran conocimiento del arte de Montes, lo que le llevó a figurar unas veces como redactor de publicaciones tan importantes cual lo fueron "Pan y Toros", "El Toreo Cómico", "La Lidia", "Sol y Sombra", "El Toreo", etc., y otras, a dirigir con singular acierto "El Enano", "El Tío Jindama", "La Divisa", "El Arte de la Lidia" y "La Corrida".

Fué, pues, Vázquez Rodríguez, además de un laborioso y pacienzudo investigador, que llegó a reunir datos de extraordinario valor relacionados con la fiesta nacional, autor de gran número de obras sobre tauromaquia, entre las que citaré, como más principales, "Un siglo taurino", "Vocabulario taurómico", "Efemérides taurinas", "Curiosidades taurómicas", "América taurina", "Origen y vicisitudes de las ganaderías bravas de España" y "Agenda taurina", escribiendo, en unión de López de Saá, la "Tauromaquia de Rafael Guerra (Guerrita)".

No se hubiese perdonado nunca tan notable crítico —con cuyos trabajos anónimos y firmados pudo muy bien formarse una biblioteca— faltar a una corrida; y desde la tarde de su inauguración hasta pocos días antes de su fallecimiento, ocurrido en Madrid el día 27 de noviembre de 1909, acudió a la vieja Plaza de Toros con la afición y el entusiasmo de un joven, a redactar sus reseñas —exentas siempre de partidismos—, que constituían, justo es decirlo, el fiel reflejo de cuanto había sucedido en el anillo, y en las que jamás puso de manifiesto, como otros hicieron, su preferencia por tal o cual espada. Y quiero dejar sentado también que, contra lo que suele ocurrir con todos los que llegan a edad avanzada, no fué un ferviente defensor del toreo de sus años mozos.

Mas si lo anteriormente dicho no fuese suficiente para catalogarlo como uno de los más activos propagandistas de nuestra fiesta, bastaría lo que voy a referir para que pudiese ostentar este título muy justamente.

Hallábase presenciando una de las últimas novilladas de la temporada de 1909, cuando un redactor del semanario "Los Toros" llegó hasta él para decirle:

—Don Leopoldo: ¿cómo viene usted, con la tarde tan desapacible que hace?

A lo que contestó:

—Ya me quedan pocas que ver, y no quiero perder una. Además, tengo dicho que cuando muera pasen mi cadáver por la Plaza de Toros.

Y horas más tarde, siguiendo su vieja costumbre, tomaba la pluma y, en la dulce paz del hogar, poníase a escribir sobre los toros, para ensalzar a los que habían llegado, o aspiraban llegar, y siempre tan sencillo, tan correcto, tan detallista, porque, fuerza es repetirlo, era un reseñador tan metódico como benevolente. De tal manera que en el momento

en que la muerte le sorprendió, hallábase ocupado en dar por concluidos unos apuntes relativos a la historia taurina del diestro gaditano Manuel Díaz (Lavi), y las últimas cuartillas que salieron de su pluma, con destino a las páginas del semanario "Sol y Sombra", tratando sobre la de Pérez de Guzmán, empezaban así:

"Don Rafael Pérez de Guzmán el Bueno, descendiente de los Guzmanes que tanto figuraron en los siglos XVI y XVII, ya como esforzados campeones, ya como diestros en los ejercicios de la jineta y en burlar la fiereza de los toros, castigándolos con rejonés



Don Leopoldo Vázquez y Rodríguez, decano de los revisteros taurinos de principios de este siglo



Don Rafael Pérez de Guzmán

y garrochas, vió la luz en Córdoba el 1 de abril de 1802, siendo su padre don Enrique Pérez de Guzmán, de noble alcurnia y notable aficionado, que en el último tercio del siglo XVIII llamaba la atención por sus especiales conocimientos en tauromaquia y su maestría en los ejercicios a caballo en el campo, acosando reses bravas.

El diestro Pérez de Guzmán, que estaba emparentado con toda la aristocracia sevillana, a cuya clase pertenecía, desde que su edad y fuerza lo permitieron fué su diversión favorita acosar y derribar toros en campo abierto, y alguna vez torearlos a pie, unas veces con su hermano, y otras con varios de sus amigos, que reconocían en él su inteligencia y su serenidad.

Porque su labor como autor teatral no revistió la importancia que su labor periodística, he dejado a propio intento para las últimas líneas dar cuenta de su paso por la escena, a la que dió, entre otras obras, "El que todo lo quiere", "El alma de mi suegra" y "Una casera modelo", que el público recibió con verdadero agrado, premiando a su autor con cálidos aplausos las noches en que fueron estrenadas.

JUAN LAGARMA

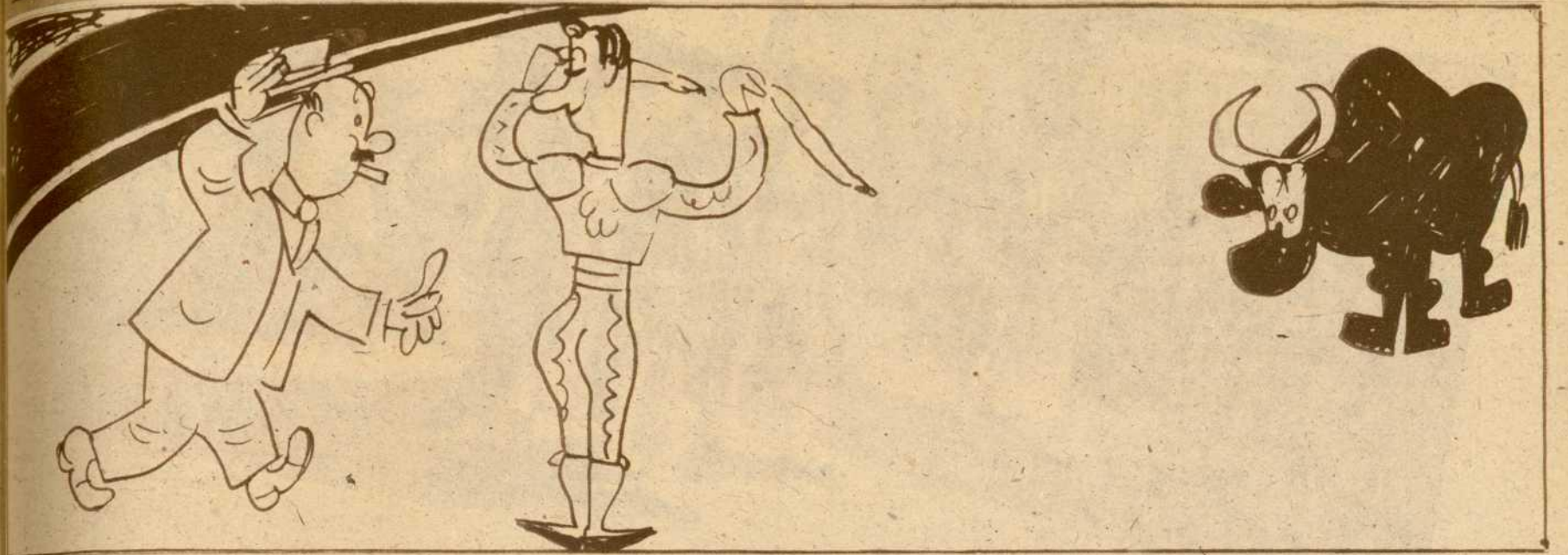
## ACEYTE YNGLES

PARASITO QUE TOCA... ¡MUERTO ES!

C. S. 180

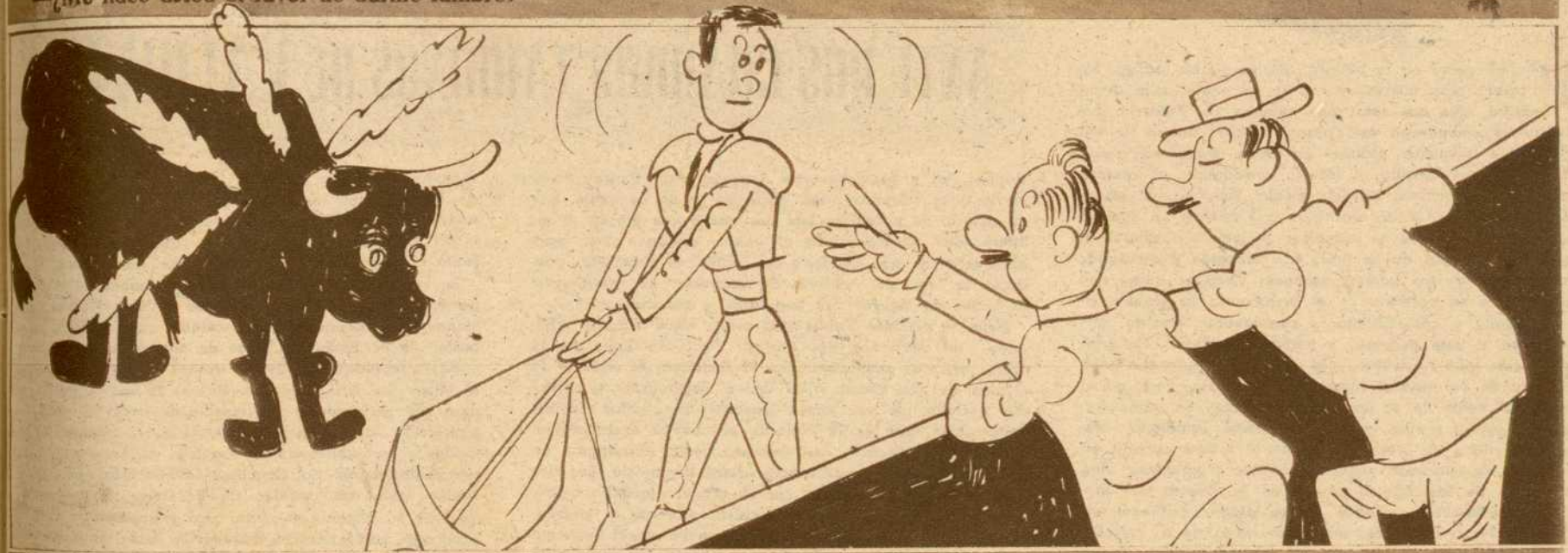


# CHISTES TAURINOS DE GALINDO, 4



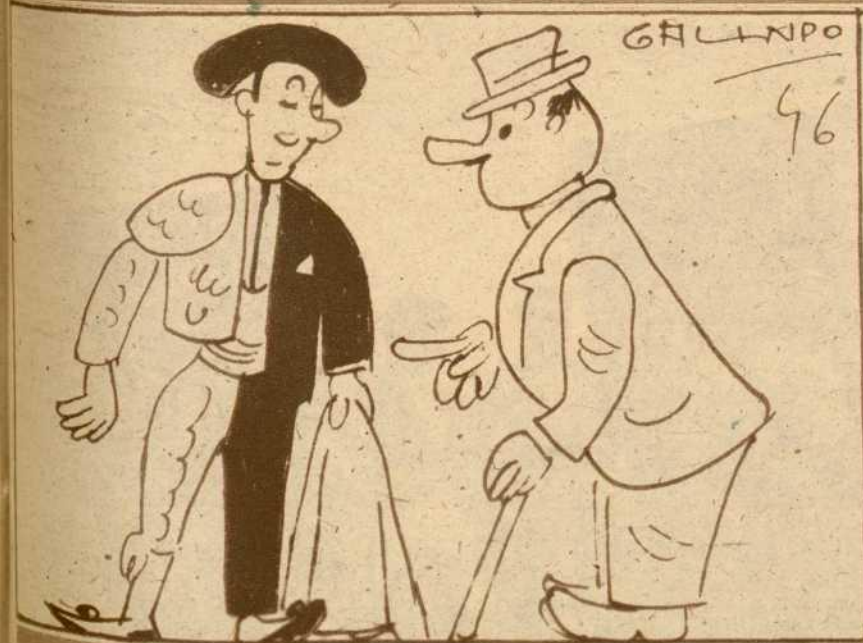
BANDERILLAS DE FUEGO

—¿Me hace usted el favor de darme lumbre?



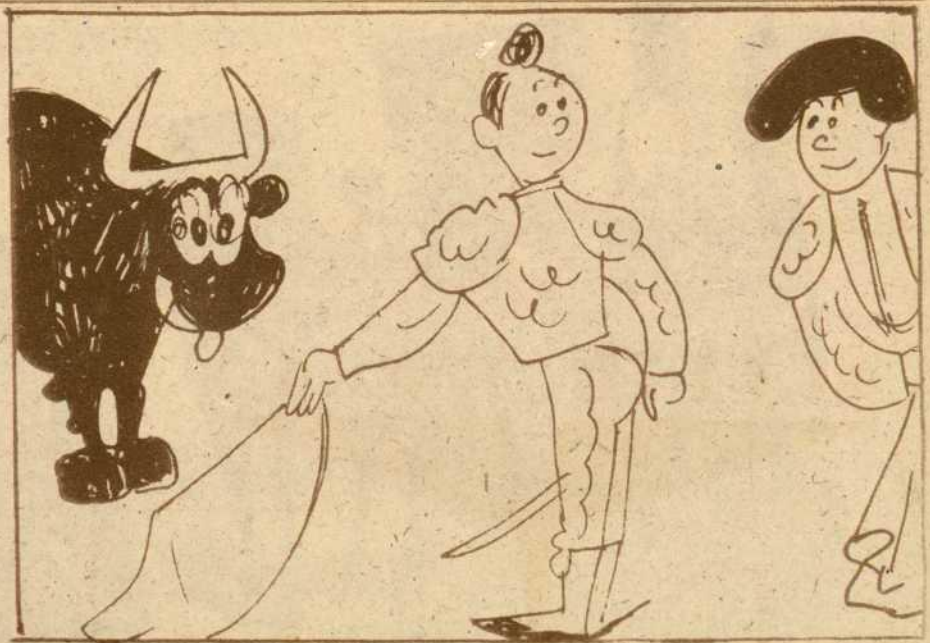
CONSEJERO

—Con ese bicho puedes hacer lo que quieras. Hasta jugar a la baraja.  
—Claro! ¡Como que tiene cuatro palos!



AHORRO

—¿Cómo es que sólo lleva usted medio traje de luces?  
—Por las restricciones.



FAENA

—Maestro: le llaman al teléfono  
—Di que esperen un momento, que voy por la oreja.



Cuadrilla de Lagartijo: Lagartijo (Rafael Molina Sánchez), con sus banderilleros Molina, Just y Gallito. Oleo sobre tabla, por Valdivia



## EL ARTE Y LOS TOROS

# ANTE DOS CUADROS TAURINOS DE VALDIVIA

**P**OCAS veces en la pintura taurina se ha logrado imprimir más interés, y, en su momento, más actualidad, que con estos dos cuadros de Valdivia que ilustran y embellecen esta plana. Porque, aparte de sus cualidades técnicas, pintura en cierto modo miniaturista, habrá que añadir el interés anecdótico, el costumbrista y, sobre todo, el del retrato. Valdivia, al pintar estas dos tablas, buscó algo más que reflejar un aspecto taurino tan en boga en aquellos tiempos. Al reflejar el momento prologal de la lidia, tan escogido y divulgado por tantos artistas contemporáneos, Valdivia quiso que su obra no se perdiera en el montón de la pintura intrascendente y costumbrista, y consecuente consigo mismo y fiel a este personal y justificado criterio, encontró la solución más favorable y la más segura garantía para el logro de su natural propósito: el retrato. Pero no el retrato al estilo de lo que hasta entonces se venía haciendo; no el retrato premeditadamente estudiado, ampuloso y lleno de pretensiones; no el retrato sumido en el exceso de engolada posición, enfático y vanidoso, sino el retrato de las figuras populares y señeras del momento taurómico encajadas en su propio ambiente, en el de la Plaza de Toros, momentos antes de la corrida; en ese angustioso momento de la espera, que marca una interrogante en la vida de cada uno de los diestros. Por eso, esas dos tablas de Valdivia tienen el doble interés de recoger, con un acierto indudable, un aspecto curioso de la vida del torero, junto al valor que, como documento dentro de la iconografía, puedan tener las

figuras fiel y graciosamente reproducidas. Porque, tanto en la figura de Frascuelo, como en la de Lagartijo, hay un acierto de parecido. Las dos nos hacen pensar si los interesados posaron para el pintor, aunque, claro está, bien sobemos que Valdivia los realizó de memoria, ayudado, tal vez, por la serie de grabados que divulgaron la esfigie de figuras tan populares y conocidas.

¿Qué se propuso Valdivia al pintar estos cuadros? ¿Encargo, tal vez? Las dos tablas entran de lleno en la órbita museal; ambas recogen la temática, el estilo y la técnica de una época; ellas tienen cierto grato y evocador perfume de un tiempo pasado, que tantas huellas imborrables dejó en la historia de nuestra tauromaquia. Pintura anecdótica y costumbrista, está empapada de las esencias de la más rancia solera hispanista. Los dos cuadros, con su encanto y con la gracia ejecutiva característica de Valdivia; con su técnica, afín con el momento, marcan una fase de la vida española: aquel momento de álgido entusiasmo por los toros, que era como una válvula de escape para el olvido de no pocas pesadumbres e inquietudes cabe la esfera política.

Pero veamos los dos cuadros. En uno, el más gracioso y a la vez más interesante, Salvador Sánchez, Frascuelo, con sus banderilleros, charla en la puerta de la capilla de toreros. Al fondo, perdido en las sombras del sagrado

recinto, un cuadro de la Virgen de la Paloma, Patrona de Madrid. Dos toreros rezan, mientras en el dintel un torero se arrodilla piadoso, y su picador, lleno de respeto, inicia, sin soltar las bridas del caballo, una reverencia. Junto al quadarnés están preparadas las mulillas.

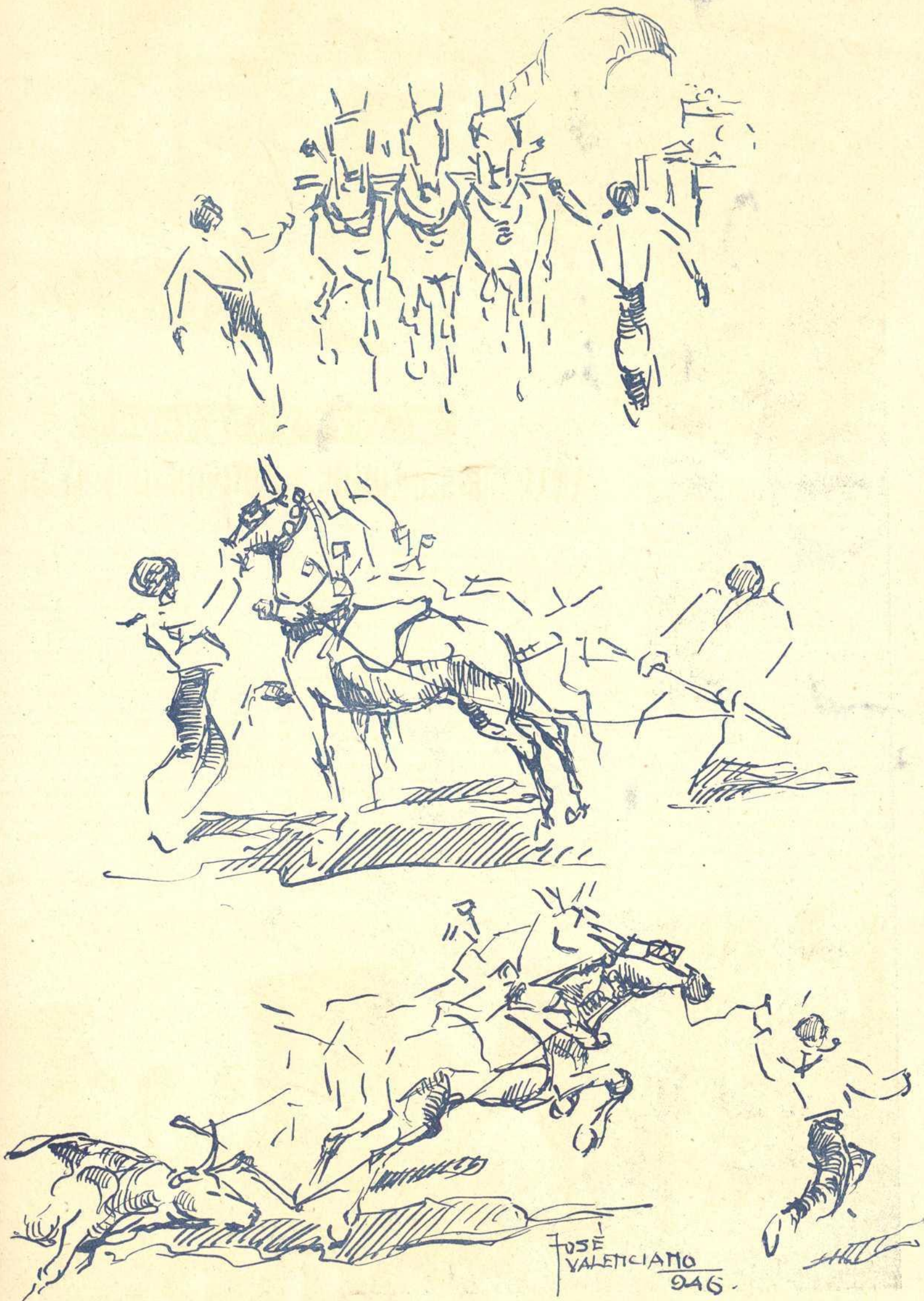
La otra escena es en el patio de caballos; el mismo patio, el mismo lugar y fondo que sirvió a Manuel Castellanos para escenario de su célebre cuadro «Patio de caballos de la Plaza de Toros de Madrid antes de la corrida», propiedad del Estado, que se conserva y exhibe en el Museo de Arte Moderno. Rafael Molina, Lagartijo, espera con su cuadrilla el momento de hacer el paseo. Los picadores, el joven mozo de estoques, los curiosos, los chiquillos y un público que se agolpa, curioso y expectante, por el portón abierto. Graciosos, simpatísimos e interesantes estos dos cuadros de Valdivia; tan interesantes que, de no pertenecer a una rica y valiosísima colección particular, pediríamos su adquisición oficial para que ellos enriquecieran, en más o menos breve plazo, a ese Museo taurino que se piensa fundar en Madrid, que tan necesario nos va siendo y del que algún día volveremos a ocuparnos.

MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS



Cuadrilla de Frascuelo: Frascuelo (Salvador Sánchez Povedano), con sus banderilleros Bienvenida y M. Molina. Oleo sobre tabla, de Valdivia





JOSE VALETTIANO  
946

Y éste es el último episodio de la vida del toro...





Encierro en Castilla

(Dibujo de Alejandro Sáinz)